

El paraíso es una sierra flagelada por el inclemente rayo de sol

Daniel SanMateo

Literatura (Cuento)

DANIEL SANMATEO

Dolores Hidalgo 800C 30

Independencia

50070 Toluca Edo. Méx.

722 241 91 14

daniel.sanmateo@gmail.com

Prólogo

Al inicio de la vida de escritura de cualquier escritor, está la inspiración surgida de los grandes maestros que se leen y se descubren.

Pasa lo mismo con los jóvenes que se dedican a la plástica, que pasan horas en los grandes museos copiando las obras maestras. Hay que estudiar la composición del cuadro, los colores usados, los trazos, la perspectiva, asimilarlo todo hasta que la obra ajena se convierta en el lenguaje artístico propio. Y ya después, desarrollar la técnica para con ella minar las profundidades de nuestra alma y hallar entonces nuestra propia voz, nuestro estilo.

Así también estos cuentos, de primera juventud, que han permanecidos inéditos por un destino que los ocultó, los vaivenes de la vida y el traspapeleo de la mudanza y del exilio.

Pero ahora, releídos desde una madurez incipiente, y encontrando en ellos las trazas de nuestras primeras lecturas, los primerizos enamoramientos literarios, tengan la oportunidad de salir y ser compartidos con el mundo y quizá, hallar sus propios lectores para que a su vez alguno de ellos, también deseoso de escribir, los tome como modelos dignos de imitar, estudiar, superar.

Ojalá que Rulfo y Fuentes, Faulkner, Bradbury, Capote y Carver, hasta Proust, desde el paraíso reservado a los escritores, acepten estos cuentos como el homenaje a su obra que ha nutrido y originado la mía.

Índice

- 1 De gallos y colores*
- 2. La autopista del progreso*
- 3. Dos magueyes*
- 4. La salida del sol levanta espectros*
- 5. Huevos de confeti sorpresa*
- 6. Treinta grandes*
- 7. Alma*
- 8. Los cuentos serranos*

*When the lambs is lost in the mountain, he said. They is cry.
Sometime come the mother. Sometime the wolf.*

Cormac McCarthy

De gallos y colores

Éste otro es sobre lo que nos sucedió a mi compadre Zeferino y a mí un día.

La historia parece increíble, ya dirán, pero lo increíble, en todo caso, fue el desenlace. Por acá en nuestras tierras, salirse de tal manera de un embrollo, se le dice popularmente “enchinarle el pelo al diablo”. ¿Por qué será? Pero ahí les va, para no andarnos con mayores rodeos.

Estábamos el compadre, Zeferino Anastasio María Guadalupe Rosas del Río y Trigal, y su servidor, quien cuenta esto y quien es conocido de cabo a rabo del país y quien su prestigio le precede, tranquilos por la mañana, una de ellas relucientes de luz, descansando bajo un árbol tras la faena de siempre.

Estábamos los dos bajo la sombra de un árbol, yo mirando el azul del cielo, mareándome con alguna nube borracha de sol, el compadre quitándose de la planta del pie una espina, o quizá rascándose el dedo gordo, qué sé yo, al fin andaba bien encorvado en sí mismo, cuando el compadre dice:

—¿Y si vamos hoy por la noche a la feria de San Martín del Valle?

Y yo digo:

—¿Para qué compadre, a poco anda aburrido?

—Pues no tanto así aburrido, pero sí ando como con el sentimiento de la suerte.

Y yo nuevamente:

—¡Ah, qué compadre!, usted y sus sentimientos, acuérdesse de la última vez.

—Pues sí —dice—, pero siento que ahora es la buena.

—Y su suerte de hoy —menciono—, ¿cómo para qué esta buena?

Y el compadre:

—Pues pensaba yo darles una oportunidad a los gallos. Además, ¿cómo saber si uno tiene la suerte si no la juega?

Pensé un momento lo que el compadre decía, mis ojos entrecerrados como si quisieran ver hacia dentro de la cabeza, ver las ideas tomar forma con su materia etérea. El argumento del compadre es sólido, casi perfecto, una frase silogísticamente aristotélica.

—Compadre, cuando habla así, no queda de otra más que de darle a usted la razón. Lo acompaño pues a la feria, ¿a qué hora quiere ir?

El compadre aguza el ojo y mirando un punto en el horizonte dice:

—Cuando se meta el sol.

De regreso al pueblo, nos separamos en la calle principal. El compadre toma por la izquierda rumbo a su casa, yo me voy por la derecha hacia la mía.

Si vieran ustedes cuánto admiro al compadre. ¡Hasta pensarían que somos hermanos! Pero resulta que el compadre es tan sólo el hermano de mi mujer. La estima que le tengo es porque es bien leído. Vayan ustedes a saber de dónde aprendió esas mañas, pero el compadre sabe leer, y lee. Lee y lee, y

siempre lee. Y después, aquello que lee e indaga, viene y me lo cuenta para que yo también me ponga sesudo, y que para también tengamos disertaciones entre los dos, aunque realmente a mí después se me anda revolviendo el conocimiento, haciendo una bruma impenetrable donde no hallo qué decir o qué arremeter para ganar la partida de la sabihondez.

El único libro que el compadre tiene se llama Diccionario, y de ahí es donde el compadre ha aprendido todas esas palabras que adornan su plática. A veces, hasta le robo una que otra y así las despepitó por aquí y por acullá para sentirme igual de leído como el compadre.

Total que llegué y le digo a mi mujer:

—El compadre y yo iremos a la feria de San Martín del Valle porque anda con suerte.

Y mi chaparrita dice:

—¡Ay, Bartolo!, ya sabes cómo es mi hermano con eso de la suerte, no vayan, se pueden meter en problemas y me da apremio.

Y yo:

—No seas tonta, mujer incrédula y agorera, a ver dime, ¿cuándo nos ha arribado algo de mal?

Y ella:

—Pues nunca, pero siempre hay primeras veces.

Y digo:

—Ya pues, no se ponga chipilín, mejor caliente unas tortillitas y un poco de caldo de gallina, póngame unos chiles a torear, que traigo harta hambre.

Mi chaparrita usa el soplador para avivar las brasas del comal y yo voy a ver al niño que está en el catre del fondo, envuelto como tamal en una sábana blanca más bien crema.

El niño se ve tranquilo. A veces sus ojos se mueven como si estuviera soñando. Le hago cosquillas en la panza. El niño se despierta y pega un grito, que se convierte en llanto. Le grito a mi chaparrita:

—El niño ya despertó, van a darle de comer.

Ella llega y me ve con una mirada de lumbre.

—¡Ay, Bartolo!, acababa de dormirlo, vete ya comer, caliéntate ahora tú mismo las tortillas.

Me voy a la esquina y me agacho en cuclillas para remover la lumbre. Me sirvo un platón y comienzo a comer el caldo de gallina, a calentar unas tortillas y a torear los chiles en el comal de barro. Chisporrotean por el calor abrasador, su piel verde se ennegrece y bailan y brincan como si estuvieran vivos.

El niño sigue llorando en la otra esquina del cuarto. Mi vieja se descubre un pecho, redondo y moreno, su pezón bien oscuro, y se lo da al niño, que se afianza con sus labios y todas sus fuerzas a la carne blanda.

Las tortillas y el caldo, de pronto, me parecen poca cosa en comparación.

Termino de comer y salgo al patio a recargarme al árbol. Hundo el mentón en el pecho y me bajó el sombrero. Una siesta antes de irnos para San Martín del Valle.

El niño poco a poco deja de llorar y sólo escucho los ruidos del campo. Los magueyes crepitan bajo el rayo del sol moribundo.

Tengo un sueño donde aparece el compadre y en el sueño me dice:

—Estoy relejendo toda la parte de la letra D, para discutir sobre Dios con el cura.

Caída la tarde, me despierto y voy al expendio de cerveza.

El compadre ya está ahí. Su cerveza lleva medio camino.

Una cerveza, Marcelino —grito mientras me siento junto al compadre. Lo veo serio. Le pregunto:

—¿Qué pasa, compadre, aún se siente suertudo?

El compadre tiene la mirada pesada, pero responde con ligereza.

—Sí, la suerte hoy con nosotros, hasta vendí el puerco y dos gallinas a Don Melquíades. Hoy apostamos todo.

Me sorprende la información que me acaba de anunciar el compadre.

—Su hermana se me puso triste —dice—, al fin engordaba al marrano para la fiesta de la niña. Le dije que con las ganancias compraríamos dos.

Mi hermana, para dejarlo en claro, es la vieja del compadre.

Le digo:

—Ya no se me ponga así, al rato me doy la vuelta y la tranquilizo.

Bebemos cervezas hasta que forman los envases forman una fila y se dejan ver las primeras estrellas en el cielo.

El compadre me dice:

—Vámonos ya, quiero llegar a tiempo para los gallos.

Tomamos el camino hacia San Martín. La noche se hace de pronto. A lo lejos se ven las luces del pueblo y de la feria. El destello de luces blancas y rojas y el ambiente que comienza a oler a pólvora. Los de San Martín vienen de encender el castillo de la plaza. El cielo se llena de colores y en lo negro de la noche estallan los cohetes como bolas de fuego, haciendo un tronido hueco como de piedras arrojadas al río. El sendero se ilumina con cada nueva explosión y, por un breve instante, se ven los alacranes esconderse bajo los matorrales mientras vamos pasando.

El compadre no se da cuenta, su mirada está fija en un punto lejano del horizonte, que tampoco logro distinguir.

Llegamos tantito después a la feria. Saludamos a algunos conocidos:

—¿Cómo vas, Abundio?, ¿qué tal, Ramón?, ¡buenas las tenga, Don Fulgencio!, ¡qué linda se ve esta noche, Casimira!, ¿te vemos en los gallos, Teófilo?

En el bar de la feria bebemos aún dos cervezas más y nos agenciamos una botella de mezcalito. Ya armados, nos dirigimos hacia el palenque donde se juegan los gallos.

La tanda de la noche enfrenta a un gallero de Arándanos y a otro venido desde San Juan. El ambiente está calientito tras varios combates.

Entramos al palenque y justo cuando encontramos nuestras sillas, los corredores toman apuestas para los juegos de azar entre las peleas. Ahora juegan a los dados.

La gente grita y pone de diez y de veinte y otros quizá, en sus últimas esperanzas, ponen hasta de cincuenta. Una muchacha se pasea en medio del círculo y carga la charola con los dados y el tablero.

—Compadre —digo—, no vaya a ponerse a jugar dados, espérese al combate principal.

El compadre me ve directamente a los ojos y responde:

—Usted se me pone tranquilo, lo tengo todo calculado.

El hombre del micrófono dice:

—Se cierran apuestas, José, puerta, vámonos con los dados.

Veo el cierre de las puertas del palenque a nuestras espaldas. José le echa llave. Siempre me da nervio, cuando eso sucede, por aquello de las balaceras, pero es la única forma para que se paguen las deudas y no haya huidos sin escrúpulos.

La muchacha agita el cubilete y tira los dados sobre el tablero. El hombre del micrófono grita:

—¡SIEEETEEE!

Por allá se oyen carcajadas, por acá un me lleva el diablo, por acullá un yo invito los tragos.

La chica de los dados muestra una hoja anunciando la pelea de gallos número cuatro. La última antes de la grande.

Salen los galleros cargando dos animales de plumaje reluciente. En sus esquinas los preparan con las navajas, los corredores toman apuestas, suman los billetes, fluye el alcohol, la muchacha anuncia otra pancarta, el colorado parece un gallo fiero, el amarillo también, el compadre bebe del mezcal, a mí me comienzan a sudar las sienes, la tambora se suelta con una pieza, *no vale nada la vida*, diez por el colorado, *la vida no vale nada*, pago uno a cuatro por el amarillo, *comienza siempre llorando*, ¡¡¡ CERVEEEZAAAS!!!, y así llorando se acaba, la puerta, José, *por eso es que en este mundo*, vámonos con el cuarto, *la vida no vale nada*.

La música calla de golpe y el silencio antecede a voces aceleradas:

—¡Duro, dale, vamos, acábalo, hoy me juego la vida que no vale nada!

Los galleros espolean por última vez a sus animales y, tras acercarlos para que se conozcan y se piquen un poco, los sueltan a su albedrío.

Los dos gallos hinchan el pecho y muestran sus alas y aletean, brincan con un ataque doble de pico y uña. El encuentro al centro del círculo es brutal, un estallido de colorado, vuelan plumas. Los ataques se repiten, los gallos cacarean, se inflan, se buscan. Al público se le acelera el pulso y entre todo el huapango se escucha el toque en la puerta de la Muerte. Entra, la huesuda, de negro y blanco pálido, se pasea entre nosotros, observa a los hombres que beben y celebran sin miramiento o decencia, voltea al ruedo para mirar. Uno de los gallos encaja la cuchilla en la pechuga del otro. El tajo se prolonga en la caída, en cámara lenta, una línea recta y roja, haciéndose profundo, la sangre tarda y sólo hasta que el gallo cortado se apoya sus patas en el suelo, resiente el dolor de la rajada, entonces la sangre brota y chorrea en chispazos de rojo, manantial carmesí que brilla con los fulgores de las lámparas, y enlodan al mezclarse con la arcilla.

La pelea tiene su final. Sacan al gallo vencedor dentro de una jaula y al otro, después de ser revisado, lo arrojan al fondo, donde, como montón, descansan ya otras plumas bañadas de un líquido del mismo color que el nombre del gallo vencedor, colorado.

Compadre, digo:

—¿Sigue concentrado?, ya viene la nuestra.

El compadre me mira nuevamente directo a los ojos, sus pupilas dilatadas no tienen mensaje, pero su boca se mueve y el sonido de su voz llega a mis orejas y escucho:

—El destino nos ha traído aquí.

El compadre se puso místico y eso me asusta. Andará borracho.

—Afínese, compadre, mejor le traigo un café —digo.

Me dirijo hacia el bar improvisado y de lejos veo al compadre beber directo de la botella. Me preocupo, pero pienso:

—Usted también anda jalado, así que mejor relájese y goce del momento, confié en el compa, al fin, él sabe lo que hace, ¿a poco no?

Regreso con el compadre sin el café.

En la arena están echando un juego de cartas.

El compadre me dice:

—Localízame al Chinos, ése apuesta hasta a la vieja, y por cierto viene llegando del otro lado cargado de verdes.

—Ya pues, compadre —digo—, ¿a poco le va a jugar al Chinos? Ya sabe lo que dicen de su carácter, que no tiene. Y a todo esto, ¿trae para cubrir su apuesta?

—Tú tranquilo, ya te dije sobre el destino, cuando te toca, te toca —dice.

La lógica del compadre es fuerte, así que mejor ni le reviro. Mejor ojeó el lugar para dar con el Chinos, el matón, el cacique, el pistolón, el pistolero, el padrote.

Identifico al Chinos entre sus hombres. Está rodeado por tres grandulones que usan lentes negros, tienen cabello negro, a rape, bigote poblado, negro, barba negra de media tarde, todos con pinta de verdaderos malditos. Atrás del Chinos, otros dos, igual negros de exterior y de corazón. A uno de ellos, por los movimientos del cuerpo, se le alcanza a mirar el cuerno de chivo en la sobaquera, bajo el saco. El Chinos ríe de algo y su diente de oro se refleja en el brillo de sus cadenas, sus esclavas, sus anillos de oro, las cachas de oro de su revolver de oro. Su sombrero fino, sus botas de pitón, su camisa de seda estampada italiana, sus pantalones, su arma con incrustaciones de marfil autentico, diamantes y pedrería brillante.

Empiezo a crearme ese cuento que todos dicen que el Chinos utiliza balas de oro con sus enemigos más añejos.

Observo al compadre. Huaraches con suela de llanta, pantalón de manta cruda, rasgados en la rodilla y en la valenciana, camisola de trabajo sucia, sombrero de paja.

¡El compadre está loco, o borracho, o siguiendo su destino, de cualquier forma, está frito!

—Frente a usted, compadre —digo.

El compadre se levanta y con su voz más ronca y firme le grita al Chinos.

—Chinos, una apuesta.

Se hace el silencio sepulcral y todos los ojos nos clavan la pupila. El Chinos deja la risa y para oreja.

—El precio de mi marrano y mis dos pollos, mi parcela, mi vieja, hermana aquí del señor que será mi testigo.

El compadre me señala con el índice.

La banda del Chinos se paraliza por la afrenta del compadre, no saben cómo reaccionar.

El Chinos recorre con su mirada a todos, nos observa, sus ojos son los mismitos del diablo, cuando me ve, me da por temblar. El compadre sigue recio, el Chinos se levanta de su asiento y dice:

—¿Cuánto el precio de su puerco, sus pollos, su parcela y su vieja?

El compadre, aún con más atrevimiento, responde:

—Usted póngale número.

El Chinos:

—Es arriesgado apostar lo que no se tiene y sepa que con las esposas no se juega, sólo con las mujeres.

Voltea a ver a la concurrencia.

—Pero su rostro muestra decisión y eso me agrada, así que honraré su apuesta. Si gana le concedo lo que me pida, pero si pierde, ya veré cómo me cobro.

Apenas las palabras del Chinos se pierden en el aire que salen los galleros y presentan la última pelea. Le acercan al compadre los gallos, de un lado el

verde, del otro el pinto. Todas las miradas están sobre nosotros. Yo bebo mezcal a grandes tragos para que los concurrentes vean el tamaño de hombría. El compadre observa los gallos detenidamente y con su dedo apunto a uno. Ni una sola palabra, ni un ruido de su boca.

El Chinos hace una reverencia con la mano y ordena que la cosa continúe.

El compadre toma asiento junto a mí.

Le paso la botella, no la acepta, me ve y me hace una señal de guardar silencio.

El del micrófono dice:

—José, puerta.

Se hace la encerrona, el diente de oro del Chinos brilla como un sol en esa penumbra. La Muerte hace una temprana aparición y se estaciona junto a nosotros, sus ojos fijos en el compadre.

Sueltan a los gallos, se avientan al mismo tiempo al aire, chocan y sueltan plumas y el polvo se levanta y queda suspendido. Es una fotografía holográfica que gira en nuestras mentes. La cosa se pone seria y las voces del público comienzan a crecer y hasta yo me pongo a dar de gritos y a apoyar a nuestro gallo.

—¡Dale, duro, duro, duro, pégale, pégale, pégale!

Grito como si estuviera en la fiesta de la Nochebuena para que con el palo le den a la piñata y casi me viene la afonía.

La emoción aumenta, ningún gallo ha encontrado carne, plumas de todos los colores revuelan y el polvo sigue levantándose.

Veo de reajo al Chinos. Está igual de pasivo que el compadre. Descubro que tanto uno como el otro no observan la pelea, sino que se observan entre sí.

Los forajidos del Chinos están igual que yo, metidos en el combate.

Regreso a la escena donde dos gallos se dan la muerte a picotazos.

Uno de los gallos encuentra la línea de corte. Salpica de pronto la sangre y las gotas rojas se trazan en lo amarillo de la arena. Brota más la sangre y un gallo se vuelve fuente, la sangre antigua hace lodo y comienza a oler un aroma de vida esfumándose, los gallos se atacan otra vez, uno dobla, el otro lo pisa con furor, el gallero lo retira, levantan al otro, se recompone, el tajo escurre rojo, son soltados otra vez, la pelea reanuda, el gallo rajado nuevamente se vence, el otro pica. Uno muere y recibe de la Muerte las llaves para el reino del descanso final.

El público recupera el silencio y todos voltean y clavan sus miradas en el compadre. Se tornan después hacia el Chinos.

Todos conocemos el resultado, la frente se me llena de sudor, mis manos también sudan y la botella se me escurre y cae al suelo. Se hace añicos y el líquido se vierte y, apenas toca la tierra, se evapora. Hace tanto calor que bien pudiéramos estar en la puerta del infierno.

El Chinos se dispone a hablar.

—El resultado es claro, a la vista de todos, ya pensaré cómo saldarás tu deuda.

El compadre, sin aflojar la voz, responde:

—Chinos, te equivocas, ya pensaré yo qué quiero que me pagues.

El Chinos mira atónito al compadre y no parece entender.

El resto de la gente tampoco.

Ni tampoco yo.

Uno de los hombres del Chinos, al que llaman el Coyote, suelta una carcajada y dice:

—Ese compirri está pirado, Chinos, déjame le meto plomo para que aprenda sobre el respeto.

El Chinos le hace seña para que guarde silencio. El tipo se calla al instante.

El Chinos dice:

—Perdiste, tu gallo está muerto, igual que tú y tu compadrito.

—No Chinos —dice el compadre—, es tu gallo el muerto.

El Chinos se comienza a desesperar.

—Apostaste al pinto, el mío era el verde, el pinto está muerto, el verde, vivo, yo gano, tú pierdes.

Y el compadre:

—Yo señalé el verde, el tuyo era el pinto, yo gano, tú pierdes.

Todos estamos boquiabiertos. El compadre desafía al Chinos sin razón, todos vimos el gallo que señaló el compadre.

Con voz baja le digo al compadre:

—Ya no se ponga fiero, compadre, mejor la vida que un tiro por la espalda.

El compadre me hace seña de callarme la boca, lo hago al instante.

El Chinos dice:

—El mío es el verde, el tuyo el pinto, ya déjate de mamadas. Zeferino.

El compadre mira al Chinos y dice:

—Yo sólo sé que señalé al verde, ahora que si señalé al pinto, entonces no es culpa mía, fíjate, Chinos, que sufro de algo que se llama daltonismo. Es la incapacidad de los ojos para ver los colores, me lo dijo el doctor Rodríguez. Y si no me crees, pregúntale ahora que lo veas por lo de tu problema del hígado, que parece te va a reventar, pero si no vas con él, búscalo en el diccionario para que veas que no miento.

Todo miramos atónitos al compadre. La tortilla se voltea en el comal. Al fin tiene fama de nunca decir mentiras. Además de leer el diccionario.

Yo cavilo el argumento del compadre y me parece genial. Mira que señalar el pinto porque no distinguir los colores, no quita el hecho de que el compadre verdaderamente quería apostar por el verde y, por lo tanto, por el gallo vencedor.

El Chinos suelta una carcajada que retumba y enchina la piel de todos. Su risa resuena por todo el palenque y sigue riendo como desaforado. Sus matones ríen también por automatismo de lacayo.

—Zeferino, eres un indio astuto y cabrón, en serio que eres un cabrón de los mil demonios —dice el Chinos—. Tú ganas, soy hombre de palabra y te pago la apuesta, dime qué quieres.

A todos se nos cae la boca hasta el suelo.

El compadre dice:

—Nada más que apadrine a la niña, ya cumple quince.

—Tendrá la niña su fiesta —suelta el Chinos.

El compadre franquea, ante la mirada lívida de la concurrencia, la barrera de la arena y, con una sonrisa de oreja a oreja, se dirige hacia el Chinos. Se dan un apretón de manos.

El compadre le dice:

—Venga, le presento a mi otro compadre, va a ver usted qué bonita familia haremos todos.

Y esa es todita la historia.

Se hizo la fiesta en grande y la niña aseguró futuro, con tal padrino.

Yo no sé si fue la suerte o el destino o el diccionario, pero de algo estoy seguro, cuando el compadre se la juega, él no se anda con tibiezas, o de qué serviría. ¿A poco no?

La autopista del progreso

La autopista ha sido lo mejor que le ha pasado al pueblo en toda su historia. No la queríamos al principio. Pero eso ya es pasado. Las cosas cambian, y vieran cómo.

Ustedes de seguro no sabrán ni de la autopista ni del pueblo, me creerán un viejo de habladurías dichas al aire, pero si me lo permiten, les cuento un poco.

De la autopista es fácil decirles algo, parte del gran proyecto de infraestructura lanzado por el Señor presidente, dizque para motivar el turismo y la economía de la región.

Acá nosotros no creíamos ni tantito. Siempre el mismo baile con los políticos. Primero te marean con discursos bonitos, palabras casi como poemas. Después te dejan colgado a la mitad de la pista, bailando solo, ni siquiera por pareja a la más fea del convite.

O quizá sí, la más horrible, la que siempre toca al pueblo.

Pero ahora, al menos acá, ya creemos los discursos. Ya palpamos la diferencia. Con esto del progreso no se puede ser tan incrédulo. Les digo que las cosas cambian.

Les contaba yo de la autopista. Ni más ni menos me refiero a la que el mismísimo Señor presidente bautizó como: "La Autopista del Progreso".

Curioso nombre por triple partida.

Primero, porque lleva a Puerto Progreso, el puerto naviero de mayor calado del país. Segundo, porque toda la región lleva el nombre, Municipio del Progreso. Tercero y último, y que me parece la respuesta correcta, porque por sus vías y carriles de alta velocidad, por sus onduladas curvas, su pavimento reluciente, corre, precisamente, el progreso. Nada de metáfora. El progreso mismo, tan tangible como el brillo del oro o que por acá en el pueblo todos me conocen como Don Miguel.

Miguel García y Madero, para servirle a usted, a la virgen, a los santos, a los ángeles hermanos y a nuestro señor Jesús Cristo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, amén.

Y claro, nací en el mero día del arcángel Miguel, el general de las tropas angélicas, el mismo que luchó contra el diablo. Pero no me llamaron Miguel ni por él ni por mi padre, Miguel también, sino porque mi santísima mamacita leía a Miguel de Cervantes y Saavedra. Se las daba de culta, la viejecita, leyendo sobre el Quijote y el Sancho Panza.

Me he desviado, tendrán que disculparme, ustedes sabrán que en las edades plateadas, la materia gris funciona en tiempo extra, y con dificultades. Y la mía, pues tendrá ya más hoyos que los quesos franceses tan olorosos de los que fui afecto en los años núbiles.

Regresemos a lo importante.

La autopista, según el magno proyecto, sustituiría a la vieja carretera, la que pasa por el pueblo y que por el kilómetro en que es nuestra calle principal, deja de llamarse carretera municipal: “Sur 27”, y se llama: “Avenida Héroes de la Libertad”.

El pueblo no es otro sino Santiaguito de los Tejocotes, municipio del Progreso, cuna de Teódulo Luna del Monte, insigne héroe de nuestra libertad.

Santiaguito, con todo y su diminutivo y el apelativo de la fruta más abundante de la región. No confundir con Santiago Tejedor o Santiago de los Ejotes, mucho menos con Santiaguito de los Aguacates. Hacerlo sería pecado mortal y merecedor del título de *persona non grata* por parte de nuestro alcalde.

El pueblo creció a lo largo de la carretera. Somos parada obligatoria para los viajeros que van de la capital a la costa. Nuestra hospitalidad es legendaria.

Ni qué decir de nuestros productos y artesanías. Todo lo que se fabrique del tejocote y sus derivados. Digan un producto de tejocote, lleva la marca: “Hecho en Santiaguito de los Tejocotes”. Mermeladas, cremas, jarabes, licores, helados, cosméticos. De decirles todos, se me acaban las palabras.

El pueblo es como tantos otros. Nuestro zócalo, nuestra iglesia, nuestra feria al patrono Santiaguito en los primeros días de julio, nuestro día feriado, en el natalicio de Luna del Monte. Qué más decirles, que éramos un pueblo chulo.

Cuando el señor presidente lanzó el proyecto de la autopista ni nos enteramos. Eso de la política de la capital no nos interesa mucho y “El Informador de Santiaguito”, nuestro diario, tampoco hizo mucho eco. Sus noticias son más del estilo de quién se casa con quién, quien cumple años en qué día, a qué bebé bautizaron en la iglesia. Informaciones de sociedad, que son la comidilla de los Santiaguenses.

Creo que fue Don Ignacio, el alcalde, o quizá el cura Tata, quienes mencionaron por primera vez eso de la autopista. Habrá sido en misa de domingo, o el lunes en la asamblea. El caso es que sin que supiéramos, la construcción de la autopista dio comienzo.

Incluso el Señor presidente vino a poner la primera piedra. Claro que a él lo llevan a todos lados en helicóptero y ni pensar que pasara un rato a saludarnos, con lo ocupado que ha de estar.

Recuerdo que yo estaba aquí mismo, en esta banca, bajo la sombra de este árbol, fumando mi pipa, viendo al aire formar pequeños torbellinos con el polvo del suelo, cuando del cielo vino un ruido mecánico. Alcé la mirada y alcancé a ver el helicóptero presidencial. Casi como verlo a él mismo. Un honor en todo caso si me lo preguntan. Hasta clarito vi que me saludaba, aunque pudiera haber sido sólo un espejismo de mi imaginación.

En las semanas siguientes, el pueblo comenzó a recibir la visita de los ingenieros y de los trabajadores de la obra.

El hotel de Doña Carmen apagó su letrero luminoso de vacancia, porque ahí se instalaron los señores ingenieros.

Todo ese ajetreo fue un bálsamo. Buenos negocios, buen tiempo.

Las ventas se fueron arriba. Hasta se remodeló la torre norte de la iglesia y Don Ignacio hizo construir una segunda sala a la alcaldía.

También amplió su propia casa, según que con sus ahorros, Pero un día, así como llegaron, así como se fueron.

El pueblo recobró la paz.

Supimos, casi como rumor, que la autopista había sido inaugurada.

En el fondo todo había cambiado, y nosotros, en nuestro intento por regresar a lo habitual, no supimos darnos cuenta.

El cambio, al cabo de unos meses fue palpable y tuvimos que enfrentarlo.

La primera señal ahora me parece evidente, no así en el momento. El flujo de viajeros cayó drásticamente. El flujo de antaño se había evaporado por arte de magia.

Los primeros en dar la alarma fueron Don Agustín y Doña Lola, del expendio de confites, mermeladas y jaleas "El Tejocote Feliz". Sus anaqueles dejaron de vaciarse. Se les acumularon los frascos en la bodega y la fruta nueva se les pudrió.

Después, Doña Carmela reportó tres semanas seguidas de vacancia total.

Tuvimos una reunión en la alcaldía. Don Ignacio habló de ciclos económicos, de micro y macro, de oferta, demanda, elasticidad, competitividad, productividad, déficit, deuda, inversión, estadística.

No comprendimos ni jota.

El cura Tata convocó una cadena de oración y un rosario de veinticuatro horas.

Al final, el consenso fue que esta situación sería algo pasajero.

El tiempo pasó y llegó la segunda señal, los jóvenes empezaron a emigrar. En el pueblo no había trabajo. Algunos se fueron a Puerto Progreso. Al fin que la hotelería y el turismo tienen ahí su fuerte. Otros más preferían el éxodo hacia la capital. Y otros, los más osados, quizá buscando aventuras, se decidían por cruzar la frontera del norte. Que la recepción era calurosa, decían.

Mientras tanto, los que aquí permanecemos, veíamos más señales del cambio.

El pueblo se fue pintando de abandono. Las calles se llenaron de vacío, las paredes se crisparon, la hierba del jardín creció tanto que los conejos, materializados del mismo aire, infestaron sus rincones.

El acabose vino cuando después de una lluvia acérrima, el techo de la iglesia sufrió un desplome parcial. Un agujero de un metro se hizo justo encima del altar. Entramos en pánico. El cura Tata temía que ni a nuestro Señor Jesús le gustara vivir más en el pueblo. Había preferido regresarse, por ese hoyo, a su lugar en el cielo.

Una segunda junta, con carácter de urgente, tuvo lugar. Descubrimos la causa de nuestra desgracia. La nueva autopista había monopolizado el tráfico de automóviles y transportes.

Recuerdo nuestra cara de incredulidad, qué error el no darnos cuenta antes de lo obvio. Todos opinábamos para disimular nuestra terrible estupidez. Se hablaba de formar una comitiva para exponer nuestra situación en la capital. Estábamos seguros de que allá estarían al tanto. Suponíamos que ya nos tendrían algún apoyo para estos momentos difíciles.

Después de mucho darle vuelta al asunto concluimos que a los de la capital les importábamos un bledo y que nosotros mismos tendríamos que arreglar el problema.

Alguien propuso sabotear la autopista, solución prontamente silenciada porque nosotros estábamos por el pacifismo sufrido a la Gandhi.

Don Ignacio insistía con lo de la comitiva, pero fue silenciado bajo amenaza de sacar los libros de contabilidad y ver eso de su nueva casa. La comitiva, sabíamos, sería sólo un hazmerreír en la capital.

Al final, con voto unánime, acordamos con mi solución.

Su servidor fue la mente maestra del plan que llamamos, muy rimbombantemente, el PRODIRCRISATEMUPRO, o Proyecto de Desarrollo Integral y Rescate Crítico de Santiaguito de los Tejocotes, Municipio del Progreso.

De forma sencilla, explico para que no haya confusión, se decidió hacer un bloqueo de la autopista hasta que los de la capital respondieran a nuestras exigencias.

La parte interesante del plan, el toque de gracia fue nuestra exigencia principal. Necesitábamos algo fuerte, de gran resonancia. Nada mejor que exigir la liberación de los presos políticos. ¿Cuáles? Eso era lo de menos. Los que fueran, los que el gobierno escogiera. En el pueblo no conocíamos ni a uno sólo, tan calmaditos somos, pero esa exigencia era mucho más contundente que andar pidiendo drenaje, electricidad, salud o educación. Como dicen, pide lo imposible, obtendrás lo posible.

Así pues, bajo mi mando, se fijó el domingo siguiente como el día D.

Llegó rápido y nos despertamos con ánimo. Después de la misa, el cura daría la bendición a los participantes de la toma y, como si fuéramos a la guerra, saldríamos a hacer ruido y desbarajuste.

El cura Tata se lució con la homilía, que la justicia, que la perseverancia, que la fe, que la valentía. Un discurso notable, y diré, histórico.

Después salimos en columnas romanas y, tras recorrer el llano que separa al pueblo de la autopista, llegamos a los linderos de nuestra gran Némesis. Una rápida revisión hacia ambos lados, para ver que no vinieran automóviles, y nos desplegamos según lo convenido en la instrucción táctica.

El bloqueo dio inicio.

La toma de posiciones fue exitosa, y sin bajas, sólo algunos percances del tipo de daño colateral: Doña Carmela que se cortó con las tijeras al instalar la manta y Don Marcel que se quemó al encender la parrilla de la barbacoa, indispensable para tener un buen bloqueo.

Mucho sol. Sacamos los licores e hicimos de nuestro bloqueo una verdadera fiesta popular. Al cabo de un rato, un primer automóvil se aproximó. Su conductor detuvo la marcha. Con rostro de sorpresa, nos observó por unos minutos por el parabrisas, con los puños se talló los párpados, asegurándose de no estar viendo espejismos, y descendió del vehículo.

Fui a su encuentro. La autopista está bloqueada, no hay paso.

¿Qué dijo?, me preguntó el individuo.

Que no hay paso.

Me alejé y regresé a mi puesto. Don Tarso me ofreció un trago de licor de Tejocote. Poco a poco más automóviles llegaron por ambos lados del camino. Nos pusimos a cantar consignas.

¡Libertad, libertad, libertad, queremos libertad!

¡Presos FUERA, políticos DENTRO!

¡Santiaguito, qué pueblo más bonito!

¡A los hombres buenos y libres un tejocote, a los políticos malhechores a darles con el garrote!

Pasaron dos horas y el bloqueo seguía. De nuestra parte nadie flaqueaba. Ni con las mentadas de madre de algunos automovilistas, que debo aceptar, ya habían cesado considerablemente, nos achicábamos.

Y luego vino otro momento cumbre del bloqueo, digno de contarles.

Vi que los viajantes comenzaban a resignarse. Se paseaban entre sus automóviles, miraban el piso, el cielo, el horizonte. Mandé a unos cuantos al pueblo para que se trajeran una carreta llena de productos santiaguenses. El grupo regresó con todo lo que encontró. A vender la mercancía.

¡Meeeeermeladaaaaas, heeeeeeladoooooos, llaveritoooooos!, gritaban.

La gente, para deshacerse del tedio, o por consumismo capitalino, se abalanzó sobre los productos.

En menos de media hora toda la carreta había sido vendida.

Mandé por una segunda carreta. Llegaron todos los comerciantes del pueblo con sus cosas. En menos de una hora, el bloqueo había dejado oficialmente de ser bloqueo, más bien era un mercado.

Vendimos todo, un verdadero negocio de color dorado, los billetes corrían como salmones en río caudaloso.

Y luego, casi cuando estábamos por retirarnos, al fin ya habíamos tenido un buen día, llegó un representante del Señor presidente.

Recobramos la compostura y el ceño fruncido. Consignas al aire. Alcé la mano y pedí silencio. Hablé.

Queremos la liberación de los presos políticos.

¿Cuáles?, preguntó.

De todos, respondimos en coro.

Por un teléfono portátil se comunicó con la gente de la capital. Anunció en voz alta.

No se puede, pero podemos dotar a su pueblo de una nueva biblioteca y de un hospital regional, promesa del presidente.

Discutimos un poco entre nosotros. La oferta era buena, la íbamos a aceptar, pero al menos teníamos que hacerle al cuento.

Queremos la biblioteca y los presos, dije.

Consultó por su teléfono.

Biblioteca, hospital y nueva escuela, aquí mismo firmamos el compromiso.

Discutimos un poco. Estaba aceptad, pero nosotros jugábamos al teatro de forma excelente. Regresé con el representante y le di la respuesta.

Aceptamos.

Media hora después el bloqueo se había levantado y por la noche celebramos nuestra magna victoria en la plaza principal.

Dos semanas después llegaron los ingenieros y comenzó la construcción de la biblioteca, la escuela y el hospital.

El año siguiente repetimos un segundo bloqueo. Misma maniobra. Vendimos nuevamente todo. Los negocios se hacían cada vez más cuantiosos. Obtuvimos como extra la repavimentación de la “Avenida Héroes de la Libertad”, nuevos postes de luz eléctrica y un museo dedicado al tejocote.

En una junta extraordinaria, decidimos instaurar la fecha del bloqueo dentro del calendario de actividades cívicas del pueblo, a cumplirse de forma permanente. Mismo día, misma hora, misma exigencia.

Al día de hoy, no hemos dejado de salirnos con la nuestra. Incluso obtuvimos la liberación de dos poetas que estaban presos, dizque por hacer burla al gobierno.

Uno de ellos dedicó su más reciente poemario al pueblo de Santiaguito de los Tejocotes. Un tal SanMateo, poeta luminoso. Me firmó un libro que ahora exhibo gustoso en mi estantería, junto a la Biblia.

Después me vi ofrecido la alcaldía. Decliné la petición popular. La política no es para mí, les dije.

Acepté gustoso, en cambio, eso de que montaran en la plaza principal una efigie mía, junto a la de Teódulo Luna del Monte.

Estar en el panteón de los grandes hombres va más conmigo. Ser recordado por la buena gente.

Por eso mi placa, bajo el busto magnífico, lee: “El progreso es buena cosa”.

¡Te cambia la vida!

Dos magueyes

Nos juimos al cerro harto tarde. Pedro y yo. Nomás un burro pa los dos.

Primero montó él. En el trayecto nos cambiamos de lugar. No aguantaba más la tierra caliente bajo los huaraches.

Sabrá Dios cómo le hizo Pedro. Ni huaraches tiene, el hediondo.

Allá en el monte, todo se ve rete bonito. Se ve una vista de todas las tierritas de cultivo. Ya juntos nos reímos harto de las tierras de Macario. Ni las trabaja, aquel canijo. Todas bien quemadas y amarillas, sin arar ni nada. Harta pena dan esas parcelas.

Ya tomamos un descanso a medio andar. Nos pusimos bajo un árbol.

Le dije a Pedro, saca las tortillas que coció María, ora huache, no te andes haciendo menso. Ya antes piqué unos chiles verdes. Ya puse una manta por suelo. Del costal saqué la sal de un guaje chiquito. Pedro que no come, que no le da hambre. Toma harta agua el canijo. No me daba el guaje y luego que se la acaba. Le di dos traguitos. Qué canijo salió, ese Pedro.

A ver, móntate otra vez sobre tu primo el burro, se va a caer la noche y no vamos ni a llegar.

Ya por acá del camino, el cerro está medio pelón. Ha de ser el condenado sol tan gordo. No hay sombrita que lo tape. La calor sube.

Ese Pedro ya va medio dormido. Le digo, coche, ni te me arrulles, voy yo a montar, ya caminé harto.

A regañadientes se baja del burro. La tierra le cala los pies. No aguantas ni tantito, ya ni el burro y eso que carga todos los tiliches.

Encima del burro se está más fresco, dice el bruto. La mirada también está más chula. Miro al pueblo, se ve requeté chiquito. Unos techitos de teja, unas casitas pálidas. No logro dar con mi jacalito. La mirada se hace bizca. Volteó y me dice Pedro, allá, mira bien, allá por allá están, ya los viste, no te andes haciendo, mira lejos.

Ya veo a lo lejos los dos magueyes. Solitos, los canijos. Se miran grandotes, han de pesar harto los condenados.

Aprieta el paso, huache, jala bien al burro.

Ya por fin tenemos los magueyes en nuestras narices.

Nadie los plantó, se dieron solitos.

Veo de reajo al condenado de Pedro tomando agua de la vejiga, ora que te la acabas y no me toca nada, ya tomas otra vez y te tumbo, le digo.

Nos ponemos a darle tupido a las palas. Antes, le pedimos permiso al maguey para sacarlo de la tierra. Le dije, Señor Maguey, no te vaigas a enojar, te sacamos pos te necesitamos, prometemos que nada más te sacamos a ti y a tu hermano.

Pedro y yo le damos con las palas a sacar la tierra. Es una labor requeté dura, pero a eso que venimos. Primero sacamos el maguey más recio.

Condenado, las raíces no querían salir. Luego nos pusimos a darle al otro. Un trajín espantoso. Estaba sudando hartito. El sombrero pos no tapaba nada de sol.

Ese Pedro otra vez tomando agua. A ver, condenado, te dije que te daba, ven acá, cocho, que te vas a llevar tu tunda, indio hediondo, zambo canijo. Persigo a Pedro un largo tiempo, hasta que lo tuve por el pescuezo y le doy una buena tunda en las nalgas.

Ora, amarra bien esas plantas al burro, tú solito, pa que aprendas, anda, flojo.

Ya con los magueyes, nos tornamos al pueblo.

Llegamos ya por noche. Despedí a Pedro.

Le dije, a ver, huache, te quiero mañana temprano, despuesito mismo de que el gallo cante, tenemos que aprovechar el rocío tempranero, ya sabes, hediondo, si no llegas, te sueno hasta que aprendas.

Me jui con el burro pa la casa.

Ya María esperaba con el caldo listo. Los chamacos se arrejuntaban alrededor del burro. Huaches, no azucen al burro, entre todos bajen esos magueyes, pobre del escuincle que se pinche con las espinas pos no lo voy a curar.

Comí todo el platón de caldo y cuatro chiles toreados en el comal, tomé el agua de chirimoya.

Mandé a todos los chamacos a dormir después de decirles la historia de cómo había zumbado al canijo de Pedro. ¡A qué escuincles tan risueños! José no paraba la risa, hasta le dolió hartito la panza. Espero que no sean las lombrices. A María le habían dado las lombrices el año pasado. Tuvimos que hacer traer el médico del otro pueblo y hasta el cura vino y dijo que la niña estaba poseída. Canijo curita. ¿Poseída por quién?, grité. El padrecito pos que se me asusta por el grito y me dice, mire, José, no se me enoje, pues es que usted ya no viene a la misa, nada más María anda rezando por todos ustedes, pero si se pone así, mejor esperamos al doctor a ver si son gusanos. Tantito que le troné los dientes, tantito que ya se andaba echando pa tras. Aun así es un hombre que respeto por eso de ser el asistente de Dios. El doitor llegó con una jeringa grandota, que quisiera ponérmela a mí, que le tumbaba todos sus dientitos blancos, pero que sirvió para aliviar a la niña. Nos quería cobrar tres pesos. Que lo miro feo. El doitor pos cómo que le cae un veinte. Le dije, a ver, mi doitor, échese conmigo un traguito de mezcal, de éste que preparo yo mismo, con eso ya quedamos parejos con el cobro. No lo vi muy convencido, pero pos que acepta. Hasta el curita se echó sus dos copitas. Condenado. Ese tiene su vino gratis allá en la iglesia.

Ya con todos los chamacos dormidos, María y yo nos juimos a nuestro lado.

Me quité mi blusón y le dije a María que ya lo tenía que lavar en el río. Le di un beso en la frente y sin más me subí sobre ella para hacerle un hijo. Al

principio no quería, pero que le hago sus cosquillas y que se pone gustosa. Después me quedé dormido.

Antes de la salida del sol, ya andaba yo dando vueltas por el patio esperando a ese canijo Pedro. No venía.

Me fui a su casa a ver qué pasaba. El muy condenado no estaba despierto. Cogí una jícara y de la pila de agua la llené todita. Se la dejé caer en la carota al condenado. Se levantó diciendo chiles y pestes.

A ver, mi Pedrito, pos qué le dije ayer, se me calla, condenado huache hediondo, y se pone su manta encima y se viene conmigo, pos qué no quería aprender a hacer aguamiel.

Cuando nos juimos de vuelta, cantó el gallo.

Le dije, a pos qué bruto me levanté hoy, pos si todavía usted tenía derecho de dormir, apenas mismo cantó el gallo.

Ya en el patio, puse a Pedro a machacar todo el maguey con la piedra. Ándele, no se ande quejando, cocho, tiene que sacarles toda el agua a esas plantas, pos si no, no sale el mezcal. Pasada la media mañana, le puse un grito al pobre hediondo, ya se veía medio destartalado y sediento de tanta molienda. Véngase, mi huache, échese unos frijolitos, un café de ollita, unas tortillitas, ya María nos tiene todo puesto. Comimos junto al comal. Todo olía a carbón y masa fresca, cociéndose bonito. El cocho de Pedro muy duro que le entró a todo. A ver, mi Pedrito, no se me pase de confianzudo, nomás una tortilla, no ve que le pegan sus retortijones en la panza y pos ya no me trabaja.

Acabado de comer, lo mandé de vuelta a su tarea. Ya un rato más le dije, a ver, véngase acá, le enseño por dónde pasa la agüita.

Mire nomás que río tan bonito, ahora vea esa cuba donde la ponemos y donde la tapamos, pa que se haga viejo y pos agarre el saborcito, su aroma tan característico con los olores de nuestra tierra.

Y ya después le prendemos la leña y la cocemos allá, el vaporcito sube y da vueltas por el tubito hasta caer en la cubeta oliendo a rico, a gloria, a miel de dioses.

Mire, es más, como usted ya le tupió duro la mañana, cocho hediondo, pos le enseño un tinaco donde ya tenemos el mezcal bien hecho. ¿Quiere una probadita? No se haga menso que ya lo veo salivando como perro rabioso.

Juntos probamos una copita que a mí me supo a pesos y a Pedro le debió saber a gloria, pos nomás la gota última cayó en su lengua, el indio zambuco puso una risita en su cara grandota que hasta me puso nervioso. Está bueno el juguito, dijo. A ver, chamaco zambo, no se me endulcé tanto, es probete, no llenete.

Nos pasamos a lavar unas botellas de vidrio que ya había seleccionado. Teníamos ejemplares marcados con Coca Cola, Pepsi, Sidral Mundet, Carta Blanca, Don Pedro. Tráigase acá una cubeta de mezcal y aquel chacape colgado en la pared.

El muy bruto me dice, ¿el embudo? Yo le digo, no me corrija, zambo atrevido, aquí el que manda y dice órdenes soy yo merengues.

Ya nos pusimos a llenar las botellas hasta casi lleno, bueno, tantito menos. Ahora lávese esas tapas. ¿Las corcholatas?, dice de vuelta. ¿Pos no le acabo de decir, hijo de su cocha madre, que no corrija? Una más y ora sí le tumbo esos dientotes de burro que se carga.

Tapamos las botellas y con un marcador negro me puse a escribir con letras grandes, cómo había aprendido la vez que vino un maestro a la escuela del pueblo, MEZCAL LOS SUICIDAS. Con letras pequeñas, Reserva Especial, último lote, 001/100.

Terminamos ya pasada la tarde, con el sol en el horizonte pinchando los montes amarillos.

Me dio tristeza por el mezcal y por mí, ahora que ya tendría que hacer otra cosa, quizá irme al norte. Sacar la papa de algún lado. Pero ya habíamos acabado con todos los magueyes del cerro y esos no salían como hierba mala de un día para otro. Tardaban su tiempo, años, milenios. La eternidad.

Me dio más harta pena por el hediondo de Pedro. Ahora que ya sabía hacer mezcal, el muy bruto pensaba que, después de tantas, saldría de pobre, finalmente.

Bruto como él no hay dos, pensé. No tenía idea, el condenado, de lo que el futuro le deparaba. Pero eso de la esperanza era cosa de él. Que esperara sentado, no se juera a cansar.

La salida del sol levanta espectros

Salieron al mismo tiempo que el sol despuntaba en el horizonte.

Eran cuatro. Juan, Mateo, José y David.

Quizá encontrarían a Pedro en el camino, cerca de la cañada.

Quizá no, uno nunca sabía con esas gentes, siempre tan impredecibles.

Juan iba adelante, llevando las riendas del caballo bien en la mano, observando fijamente el camino. Mateo cabalgaba detrás, disfrutaba del sabor que le dejaba el café de la mañana. Atrás venía José y su mirada apuntaba hacia las cimas altas. Al final del grupo, David, el más joven, sin importunarse por el frío. Había insistido, contra el deseo de los otros, en ser parte del grupo. Uno de sus brazos, entablillado, cubierto por vendajes gruesos.

El grupo avanzaba. Cada uno volcado en una interioridad casi absoluta; manear bien la riata, saborear los resabios del café, peinar con la mirada las cimas, hacer un galope galante. El silencio era una forma de comunicación, la forma más sencilla de decirse las cosas graves.

*

Ayer, tarde en la noche, Juan fumaba las últimas bocanadas de un cigarro varias veces recommenzado. Laura, su esposa, leía un libro de romances en la cama y los niños dormían en sus habitaciones. Juan soltaba el humo en grandes volutas, disfrutando del tabaco, sintiéndose un poco culpable por haber fallado a la promesa de dejarlo. Daba una gran fumada cuando Mateo surgía de la noche y se acercaba, corriendo a gran trote, a su lado.

Mateo toma un poco de aire y Juan exhala una nube blanca que se pierde inmediatamente en la oscuridad de la noche.

Juan, ligeramente fuera del círculo de luz, mira fijamente a Mateo recuperarse de la carrera y sabe, muy a su pesar, que esa aparición inesperada sólo podría significar algo malo.

Mateo no hablaba todavía, el esfuerzo físico sobre su cuerpo se desvanece poco a poco, pero prefiere, sabiéndose el ángel de los malos anuncios, dejar que Juan se preparara mentalmente para recibir la noticia.

Después de un momento, el silencio colgado entre los dos hombres, y observando, con el mismo movimiento, las estrellas del cielo, Juan dice:

—Habla ya, la noche se acorta y con ella el descanso.

Mateo asiente y habla:

—David ha tenido un accidente, trae el brazo derecho fracturado. José dice que algo ha asustado al caballo. Se desbarrancaron en el peñón. El caballo tenía dos patas rotas, José tuvo que usar el revolver. Sucedió con el sol metiéndose, ya venían de regreso.

Juan escucha atentamente. Entiende el problema, sabe del ciclo y de la precaria relación entre etnias. Son responsables. Pregunta si José sabría

conducirlos con exactitud al lugar del accidente, si David ya estaba siendo atendido. Sí, recibe a ambas interrogantes.

Juan fija una hora del día siguiente. Le deseó a Mateo un buen, aunque corto, descanso, y arrojó al suelo la colilla de cigarro sin terminar, lo aplastó con el talón de la bota, se dio la media vuelta y entró a su casa.

Mateo lo observó sin decir palabra alguna, sólo asintiendo cuando se le deseaba un sueño plácido, antes de ser rodeado por la oscuridad total de la noche.

*

Por la mañana, Juan amarraba bien a la silla de su caballo, diversas cuerdas, utensilios varios, ánforas con agua, una pala y un pico, dos tabletas de chocolate.

Mateo lo encontró terminando estos arreglos y le extendió una taza de peltre con café de olla humeante.

—Sin leche, como te gusta.

—Ya tomé café, vacíalo dentro de un termo y me lo ofreces una vez que lleguemos al Cuello de Cobre, tenemos que irnos ya.

Mateo asintió seguido por José, los ojos a medio abrir —medio él aún en el mundo de los sueños— y por David, alerta y dolorido —el brazo vendado envuelto en un paliacate que le daba la vuelta por el cuello.

—El chico quiere venir, si quieres convencerlo de lo contrario, éste es el momento, aunque ya sabes lo necio que se pone cuando no se está de acuerdo.

Juan mira a David y sus miradas se encuentran a medio camino. La mirada intensa de David no vencía la mirada segura de su tío.

—Aquí seremos dos los que mandan, Mateo y yo, si quieres venir, te pliegas a esa realidad, o te regresas por la puerta donde has salido, te metes en la cama y dejas que Lourdes te prepare un desayuno, que te cuide como el niño que eres.

David mira el suelo, busca los ojos de Mateo, alguien que diera la cara por él, y al no encontrar dice:

—Está bien, ustedes son los jefes, nada más no me traten como si no supiera lo que hago, lo de ayer ha sido un accidente, no se repetirá. Soy un hombre y hago frente a mis responsabilidades, por eso estoy aquí

—Me parece perfecto, tomas el cabús.

*

El grupo se alejó del pueblo y sus siluetas fueron absorbidas por la densa niebla que bordeaba la entrada del bosque.

Mateo acariciaba la escopeta de doble cañón con la que usualmente cazaba liebres, aves varias y, en alguna ocasión especial, venado.

Juan, concentrado en el camino, mira hacia atrás un breve instante y observa el gesto, casi maternal, de Mateo.

—Sigues aferrado a ese rifle, un día me harás caso y entenderás que cazar de esa forma es hacer trampa. Un buen cuchillo es más que suficiente.

Mateo no responde, pero abraza con más fuerza su arma, gesto suficiente para mostrar el desacuerdo.

Después de una buena hora de camino, el sol comienza su ascensión hacia su cénit, desde el lejano horizonte. Algunos rayos cortan, o hacen el esfuerzo, de cortar la niebla en dos. Hay bruma cruzada por haces de luz blanca, las partículas diminutas de agua en suspensión pequeños diamantes que brillan de colores facetados, arco iris pequeños, estrellas de artificio sin sonido.

El grupo avanza lentamente, aparte de los ruidos habituales de un bosque que se despierta a un nuevo día, sólo se escucha el paso, casi una reverberación, de los caballos.

Juan voltea la mirada y se fija en Mateo. La mirada es tierna y cuando Mateo se da cuenta de ser mirado, busca entre la niebla y el claroscuro de la mañana los ojos que lo examinan. Encuentra la mirada de Juan fija en su rostro, bajo el sombrero fino, y un guiño.

—Mateo, pásame el termo con ese café tuyo tan sabroso porque el frío me cala hasta los huesos.

Mateo aprieta el paso de su caballo y se empareja con el de Juan. Le ofrece el termo y extrae del saco colgado del costado derecho del caballo algunas galletas.

—Lourdes las horneó el otro día, mucha mantequilla para mi gusto.

—Espero que Pedro nos encuentre antes de llegar al peñón. Hoy en la mañana, antes de ir a tu casa, liberé al gavilán para que llevara nuestro mensaje.

—Juanito, Juanito, me divierte tu ingenuidad, a veces tan grande. Bien sabes que para aves mensajeras, sólo las palomas. Además, en esta sierra, de todas maneras, no daría resultado, tus gavilanes se harían atrapar por algún águila de montaña.

—Que tú no tengas fe en el gavilán me tiene sin cuidado, Pedro y yo ya nos hemos comunicado de esa forma.

—¿Cuántas veces?

Juan guarda silencio. Mateo pregunta más fuerte.

—Una vez.

Mateo ríe.

—De veras me diviertes, Juanito, alguien otro que yo pensaría que te has vuelto loco. Eso de llamarle gavilán a un halcón, es muy extraño. De seguro, la pobre ave, sufre de esquizofrenia.

—No me llames Juanito, sabes mi nombre con todas sus letras. Pero tu incredulidad me tiene sin cuidado.

Juan adelanta el trote del caballo.

La niebla se ha adelgazado considerablemente y el sol cuelga a lo lejos, su color un amarillo, casi crema, no logra penetrar, todavía, los recovecos del bosque.

*

Juan se aleja del grupo. Mateo, José y David llegan al cerro, antes del peñón, y lo encuentran platicando con Pedro.

—Así que el gavián es mejor que el correo postal —dice Mateo divertido. Mateo baja del caballo y se acerca a Pedro.

Pedro abraza a Mateo efusivamente, se acerca a los otros dos. José, David.

Pedro es un hombre de pocas palabras. Es un Cora, oriundo del Nayar. Sus palabras son precisas, pocas, el lenguaje posee un alma que no debe desgastarse en dichos sin sentido. La inteligencia igual, decir lo necesario, expresar la poesía del mundo con los actos del cuerpo, con la vida noble del hombre que vive, mano con mano, con los ciclos de mundo.

—¿A todo esto, cuándo empiezan las fiestas de tu pueblo? —pregunta Mateo.

—El ciclo inicia con la siguiente luna.

Mateo mira a Juan.

—Tenemos, por tanto, hasta el anochecer para acabar con esto, enterrar al caballo, recuperar algunas cosas perdidas y regresar. El ciclo nos apremia.

El ciclo al que Pedro se refiere es al inicio, dentro de la tradición Huichol, del peregrinaje de los muertos. Ellos regresan por una semana para comunicarle a los vivos las ciencias de la vida, transmisión de conocimientos milenaria mediada por los rituales del peyote, los sacerdotes de cada grupo y por la unión con la zona sagrada, compuesta por el espacio que va desde Zacatecas, Durango, San Luis Potosí, Jalisco y un poco de Nayarit. Durante esa semana, nadie que no sea Wixárica, Cora, Mayo, Yaqui, Pima u Ópata, debía encontrarse ahí en la zona sin perturbar el equilibrio sagrado, su pureza sacramental.

Si no querían causar problemas con la comunidad, tenían que acabar pronto sus asuntos. Era la regla de convivencia entre etnias y blancos.

*

Pedro no anda a caballo por la sierra, decía que lo mejor eran los pies descalzos. Juan había insistido para que montara con él, pero Pedro podía ser necio como una cabra.

Y como una cabra, de hecho, andaba por la sierra, sigilosamente y con una agilidad extrema. José y David lo miraban maravillado.

Cuando niños, Mateo y Juan, siempre habían sido acompañados en sus expediciones en la sierra por un Pedro joven y por su padre, Ignacio, otro Cora afecto a juntarse con blancos, a tender ese puente entre comunidades.

Ahora, el grupo se acercaba a la barranca de Plata, la antesala del Peñón. Los caballos pisando el terreno escarpado, sus músculos tensos y marcados.

Juan lleva las riendas con firmeza e intenta dirigir al grupo por la parte más benigna de la ladera. Pedro baja con soltura dando brincos. Tiene una elasticidad comparable a la de un lince. Quizá, como los antiguos Toltecas, posee las artes del Nahual, tiene corazón de lince, músculos de lince, ojos de lince.

En la parte baja de la ladera, donde los árboles escasean y ya el sol se puede ver como una bola de fuego colgado de un clavo del azul del cielo, el caballo de Mateo hace una figura extraña. Algo cruza la mirada de ese caballo, lo asusta tanto que se detiene en seco, relincha de forma aguda, retrocede dos pasos, se levanta en las patas traseras y pega un brinco como un reparo.

Mateo, asido bien a las riendas, se mantiene firme en la silla durante el brinco, pero al caer, con la diagonal del terreno, el peso lo vence y cae. Su caballo se desliza por la ladera, sin jinete, y ya en el valle, da más reparos sin que logre calmar el susto.

Los espíritus comienzan a llegar al bosque.

A Pedro le toma trabajo calmarlo y, cuando por fin lo hace, observa las pupilas del caballo con asombro, dilatadas de manera asombrosa.

Juan y los otros se apresuran a bajar. Juan primero desmonta y corre hacia el cuerpo inerte de Mateo.

Mateo está inconsciente. No parece tener fracturas o heridas. Lo mejor es no moverlo. José llega corriendo. Trae un ánfora llena de agua. Pedro llega. David cuida, a lo lejos, a los caballos.

El caballo de Mateo, aún agitado, parece tranquilizarse poco a poco. Los otros caballos, ahora junto al caballo de Mateo, parecen sentir su miedo, como si aquello que lo había asustado, aún merodeara por ahí.

Juan abre el ánfora y vierte un poco de agua en los labios de Mateo. Acerca su oreja hacia el pecho de Mateo. Su corazón late, su ritmo regular, su respiración, aunque tenue, es constante. Todo, a excepción de la inconsciencia, parece normal.

—Creo que lo mejor será que te quedes aquí con David y los caballos, yo y Pedro continuaremos a pie para enterrar al caballo, volveremos y con suerte tu padre ya estará repuesto, listo para regresar —dice Juan.

Pedro saca del morral algunas hierbas y con ellas realiza, moliéndolas en un pocillo con vaselina, un ungüento. Se lo da a José y le indica adonde aplicarlo.

David, con su brazo sano, jala a los caballos y llega adonde los otros. Ata los caballos a un árbol cercano y empieza a desamarrar las sillas. Juan toma el pico y la pala, un ánfora, se ajusta el sombrero y el cuchillo al cinturón y le indica a Pedro que tienen que partir. José y David se quedan a cuidar al padre aún en el suelo y a establecer un pequeño campamento.

José los mira alejarse y confía en que pronto vuelvan, cuando Mateo ya haya abierto los ojos. Juntos regresaran al pueblo.

*

Juan y Pedro, a pie, avanzan con rapidez.

Las instrucciones de José de dónde había sido el accidente eran claras, Pedro aseguraba conocer dicho lugar. Era sólo cosa de bajar por el Peñón, por su parte noroccidental, y bordear el río. El caballo tendría que estar ahí.

Llegar al Peñón no les toma mucho tiempo. Pedro había guiado bien y el atajo había sido bueno. El sol ya estaba totalmente en su punto más alto, justo sobre sus cabezas, pero el bosque y la altura de la sierra mantenían un ambiente casi frío, los rayos de ese sol no parecían afectar demasiado la temperatura.

—Podemos bajar por ahí —dice Pedro señalando un costado no tan abrupto del peñón.

Los dos hombres comienzan el descenso. Eso era lo curioso de la sierra, subir tanto para después bajar, tener que subir para bajar otra vez. Una montaña rusa serrana.

Los hombres bajan sin problema, descansan un poco, toman agua, dos tragos grandes cada quien, continúan su camino.

Pronto el río se les pone en frente. Juan busca la forma de cruzarlo, eso les ahorraría tiempo, pero la corriente es fuerte. Deciden buscar otro punto de cruce, pero Pedro avista un tronco de buen talante que está caído. Quizá si lo colocan podrían hacer un puente. Intentan jalar el tronco hasta el río pero es demasiado pesado.

—Sigamos, será lo mejor.

Pronto encuentran una parte no tan profunda del río por donde pueden cruzar. Juan sin pensarlo se lanza al cruce. Pedro lo mira.

Por fin llegan al lugar donde José les había dicho que se estaría el caballo. Juan busca con celeridad, pero no encuentra nada. Pedro está intrigado. Cierra los ojos. Juan lo observa, ansioso.

—¿Qué sucede? —preguntó Juan—. El caballo tendría que estar aquí.

Los espíritus están intranquilos, el ciclo se aproxima, los astros del cielo recorren sus órbitas en el domo celeste. Ambos buscan al caballo. Tras unas piedras, Pedro lo encuentra. Juan corre hacia él. Cuando llega, ve al caballo, un gran palomo, un agujero perfectamente circular y negro en la sien, de donde un perímetro rojo se escurre como una línea gruesa y seca hasta la tierra.

—Tenemos que cavar.

Pedro guarda silencio. Estira un brazo y Juan le pasa el pico.

El sol avanza sobre su arco y ya se encuentra en el ángulo contrario, ahora su descenso es ineluctable.

Juan y Pedro han cavado una fosa grande y jalan al gran palomo hacia el hoyo. Es muy pesado, pero las sogas logran vencer la resistencia de arrastre. Cuando por fin el caballo cae, Pedro se arrodilla, dice algo en Cora, como una oración, y Juan cierra los ojos. Pedro arroja algunas hierbas que hila como un cuadrado, una cruz, un círculo. Después echan tierra encima hasta que todo

queda cubierto. Pedro recoge una piedra grande de río y la coloca, como estela, cerca de la fosa. Sin más, se dan la vuelta y regresan por donde han venido.

*

Les tomó un rato regresar.

José y David han encendido una fogata y velaban aún al padre que seguía en el suelo.

Los pasos de los hombres los alertaron, José tomó la escopeta del padre y apuntó hacia el horizonte. Juan alzó un brazo para identificarse. José baja el cañón.

Pedro fue el primero en llegar. Se inclina hacia Mateo y del morral saca nuevamente unas plantas, distintas a las primeras. Vierte agua en el pocillo y coloca algunas plantas ahí. Muele un poco para hacer un té y vierte el agua en los labios de Mateo. Repite en Cora lo que había dicho frente al palomo.

*

El sol ha descendido todavía más y la serranía se cubre ya con la oscuridad que no posee rayos de sol. Los árboles altos alargan sus sombras y pintan de negro la tierra. El cielo es de un gris pálido y la luna hace su aparición tempranera, como un disco blanco y redondo, signo de la nueva noche que se avecina, señal del nuevo ciclo.

Mateo abre los ojos. José y David se acercan.

—Papá, ¿estás bien?

Mateo intenta incorporarse, pero Pedro lo impide. Le da más agua del pocillo. Entre los tres lo ayudan a levantarse.

—¿Encontraron al caballo?

Juan asiente.

Los caballos ya están totalmente tranquilos, aún asidos al árbol. Pedro recoge sus cosas y se despide de cada uno de ellos. Camina hacia los caballos y acaricia la crin del otro palomo, el pintillo, para después desaparecer con velocidad entre los árboles. Su despedida guarda el silencio de las palabras.

El ciclo está por comenzar. La voz es una magia que no debe ser despilfarrada.

—Necesitamos regresar, es hora.

Mateo está de acuerdo. Se levanta ya sin ayuda, la caída cede ante el poder de las hierbas.

Desatan los caballos y montan.

José y David recogen el campamento, Juan apaga el fuego y observa cómo el humo blanco asciende hacia el cielo, que se pinta ya de morado.

Montan los caballos y el grupo avanza por el camino de regreso al pueblo.

Tienen menos de una hora para salir del territorio sagrado. Mateo guía ahora con el convencimiento del terreno, como si la oscuridad creciente fuera una luz brillante que iluminaba el sendero.

Cuando llegan a la cima de la sierra, tras ascender por la cañada, del otro lado de la barranca de Plata, en el punto exacto donde el camino comienza el descenso hacia el pueblo, David mira atrás, hacia el territorio sagrado, hacia la frontera entre la sierra y los linderos más lejanos del municipio. Mira hacia la espesa maleza del lugar sagrado donde tuvo origen el mundo, de donde las almas errantes cobraron su materia para manifestarse en la Tierra, poblarla, fundar pueblos.

Entre los árboles sopla un viento frío, casi acuoso, casi luminoso, como polvo de oro. El sol ya se ha guardado en el horizonte y la luna es el astro solitario que demora en el cielo.

David aguza la mirada, quizá creyendo ver la figura de Pedro, un lince serrano. Mira otra vez hacia los árboles que forman un entramado denso y negro, una pared de bosque vivo, verde, fresco. Un latido de un corazón hecho de ramas y de hojas.

Protegidos por troncos gruesos, escondidos por esa maleza densa, observa la silueta blanca y espectral de un caballo y su jinete. Así se dibujan por breves instantes ante su mirada, después desaparecen sin dejar rastro de su aura.

David parpadea. Pero no son sus ojos. Sabe, sin saber cómo, que la luz era la silueta del palomo muerto, aparecida entre lo negro, cabalgada por el alma de su padre que lo cuida desde el más allá.

Huevos de confeti sorpresa

Karina era la niña más rica de la escuela. Siempre ropa nueva, siempre cuadernos sin mácula en cada ciclo escolar. Mochilas nuevas también.

Al término de las clases, un carro blanco y reluciente la espera afuera de la escuela. Al salir Karina, dos mujeres, vestidas con uniforme de guardianas, bajan del carro y son a su vez escoltadas por dos hombres grandes, y apresuran a Karina dentro del vehículo. Sin más tardanza, los hombres y las mujeres recuperan sus asientos, cierran puertas y el carro arranca con gran estruendo, dejando detrás de sí una nube de polvo.

Todos en el pueblo saben que la familia de Karina es la más adinerada de la región. Tienen un rancho a medio camino entre Arándanos y Palencia, un rancho que nadie conocía por dentro, pero del que todos suponen cómo es.

El rancho está bordeado por una gran barda coronada de alambre de púas, cámaras de seguridad colocadas cada veinte metros.

En el pueblo corrían los rumores más extravagantes sobre el rancho y sobre lo que ahí dentro sucedía. Que el rancho contaba con un lago artificial, que el rancho tenía un zoológico con toda variedad de animales salvajes, que el rancho tenía una pista para aviones, que el rancho tenía cinco piscinas, dos techadas y tres al aire libre, que el rancho tenía canchas de fútbol y de basquetbol, que en el rancho tenían lugar fiestas fastuosas, y cantidad de cosas extrañas e indecibles.

Los rumores sólo eran rumores, pero llevaban consigo una parte de la verdad.

El padre de Karina era un hombre reservado que no se mostraba mucho. Conocía sólo a las personas más importantes del pueblo, al alcalde, al contador, al diputado y al notario, pero no se podía decir que era amigo de ellos. En todo caso éstos últimos tendrían más interés en ser sus amigos de él, al menos conocidos de esa forma.

El padre de Karina casi nunca estaba. Era un hombre que viajaba constantemente. Los viajes siempre eran a lugares exóticos, al menos eso se decía, y siempre a lugares más lejos los unos de los otros. Terminaban con un regreso triunfal, que incluía la aparición de un nuevo vehículo, más espectacular y lujoso que el anterior, paseando por la calle principal del pueblo, o al ir a recoger a Karina a la escuela.

La madre de Karina era una mujer que nunca salía del rancho. Las mujeres del pueblo se chismeaban infinidad de cosas sobre ella, y alrededor de su persona corrían toda clase de rumores. En algunos relatos podía ser una belleza rubia y glacial, en otros, una mujer fea y sin chiste, y en los más alucinantes, era una extranjera que no hablaba ni la lengua del país.

Nadie podía corroborar esos relatos.

El caso es que la familia entera era un misterio para el pueblo.

Karina tampoco decía gran cosa y ningún intento de los maestros para sacarle un poco sobre la verdad de su familia, habían logrado pintar un cuadro más acertado sobre ellos. Ni nosotros, sus compañeros, sabíamos bien qué pensar de ella, y ni yo, que hablaba con ella más que todos, sabía bien qué esperar.

Un día, Karina llegó a la escuela escoltada por las dos matronas que esperaban siempre su salida. La más vieja cargaba una gran bolsa y la más joven tiraba un manojo de globos multicolores inflados con helio. Las tres entraron a la escuela ante la mirada expectante de todas las maestras y alumnos, y después de hablar con la directora de la escuela, la directora, micrófono en mano, convocó a toda la escuela al patio principal.

Hicimos fila como en el día de la bandera y después la directora pidió nuestra atención. Karina pasaría con cada uno de nosotros y nos daría algo que había preparado. El revuelo se hizo, pero la directora solicitó guardar silencio. Y así, uno por uno, nos fue entregado en mano lo que Karina nos tenía preparado.

Karina nos entregó una invitación, tomada de la bolsa, y un globo. Cuando hubo terminado de repartir sus invitaciones, la directora nos sugirió agradecer el gesto de Karina, aquí que toda la escuela, los maestros y maestras incluidos, entonamos un chiquitibún.

En el salón de clases, descubrimos con sorpresa, que se trataba de una invitación a festejar, el siguiente sábado, el cumpleaños de Karina.

Toda la escuela estaba invitada al rancho y todos podríamos llevar a nuestros padres, que significaba que casi todo el pueblo estaría invitado. Finalmente podríamos ver con nuestros propios ojos algunos de los misterios más sonados y penetrar, quizá, el gran secreto de la familia.

La invitación causó un revuelo casi de inmediato que alteró la vida del pueblo. Todos hablaban del siguiente sábado, algunos se preguntaban sobre el curso que debería seguirse si alguno de los misterios más lúgubres de la familia resultaba cierto. En todo caso, la preocupación ominosa cedió pronto el paso a otras preocupaciones más mundanas.

Las señoras del pueblo se cuestionaban cómo ir vestidas y sobre cómo ajuararse para el evento, sobre las maneras adecuadas para agradecer la invitación. Los hombres, por su lado, sufrían también en secreto sobre su posible encuentro con el gran propietario del rancho. La cosa era saber si actuar con indiferencia o de mostrarse amigable.

En mi caso la cosa estaba resuelta. Papá se encontraba en el norte, del otro lado, y mamá estaba en sus últimos meses de embarazo de mi futuro hermano. Estaba muy débil para venir conmigo. Iría solo a la fiesta del rancho y representaría a mis padres ante los padres de Karina.

La semana previa a la fiesta fue una semana caótica para el pueblo. La actividad normal mutó su forma y toda actividad que no tuviera relación con el

evento sabatino perdió importancia. Todo el pueblo giraba en torno al gran evento.

El sábado llegó con prisa y el pueblo se vació. Todos en dirección del rancho.

Los padres de Karina habían puesto a la disposición de los niños y de las familias que no tuvieran transporte, dos minibuses que harían el trayecto del centro hasta el rancho. Yo era parte de esas comitivas que tendrían que disponer de la gentileza.

Poco a poco, el rancho se fue llenando. Todos, a la excepción de algunos ancianos y otras personas imposibilitadas para venir, como mamá, estaban ahí. Se podría decir que era la fiesta del santo patrono por la manera en cómo la gente se comportaba, por esa expectativa de lo que viene y lo que se celebra.

La entrada del rancho estaba decorada con cadenas de globos multicolores que no tenían final. Había un sinnúmero de hombres de lentes y entre comunicados por los radios, apostados en los accesos.

El rancho en sí era vasto. Desde la entrada principal, un camino pavimentado conducía hacia un estacionamiento repleto ya de todo tipo de vehículos, desde camionetas de trabajo hasta autos de gran lujo. El camino conducía después, subiendo una ladera empastada y prístina, hacia terrazas donde y había gente de otros pueblos, incluso muchos que no parecían de la región, pero que parecían haber sido invitados al gran evento desde antes que nosotros.

La fiesta se desarrollaba en un jardín contiguo a la casa principal, bordeado de naranjos y con un pasto tan verde que parecía artificial. Había mesas colocadas en los bordes y sobre de ellas cazuelas repletas de los guisos más variados. Mariachis tocando con gran fanfarria, globos y guirlandas por doquier. Todo estaba pensado para que fuera una fiesta tremenda, casi una kermés, la mejor fiesta de la historia de toda la región.

Entre tanta gente, me tomó un tiempo en encontrar a los amigos. Muchos de ellos, junto a sus familias, ya se encontraban degustando las preparaciones, sus padres bebiendo de todos los vinos y licores, dejándose atender por los meseros que corrían sin freno de un lugar a otro, atendiendo el más mínimo faltante o necesidad de los invitados.

Encontré a Damián que me invitó a sentarme en la mesa con su familia. Los adultos hablaban de todo y de nada en particular, totalmente azorados por este evento tan singular, la mayoría sólo admiraba el lugar y el evento.

El rumor era que los anfitriones harían su entrada en cualquier instante y todo mundo quería estar preparado para el momento.

Mientras, comían y bebían como si no hubiera mañana.

Cuando la fiesta estaba muy entrada, la gente ya comida y ya bebida, la música calló y las bocinas anunciaron la entrada de la festejada. Todo el mundo miró hacia la casa.

Del otro lado, montada en un caballo blanco y muy fino y escoltada por una cabalgata nutrida, jinetes ataviados de muy buen gusto y muy guapos todos, Karina hizo su presentación. Uno de los jinetes bien podría ser el padre de Karina, pero nadie lograba confirmarlo por lo poco que conocíamos al señor.

La gente esperó a que el alcalde hiciera algo, que se levantara de su lugar y que fuera a agradecer en nombre de todo el pueblo dicha recepción, pero el alcalde estaba pegado a su asiento y se hacía chiquito, expectante igual que nosotros sobre lo que pasaría después. La voz anunció la entrada de la niña Karina y describió el atuendo señorial que lucía. El caballo también era descrito, desde su naturaleza hasta que era parte de los obsequios de la festejada.

Todos aplaudían y miraban con ojos atónitos. Tronaron cohetes al paso del cortejo festivo.

Karina llegó a un podio y ayudada por manos expertas, recibió el micrófono. Nos agradeció nuestra presencia. Decía que era el día más hermoso de su vida y que esperaba que todos pasáramos el mejor momento de nuestras vidas. Mandaba un saludo para sus compañeros de escuela.

Repentinamente, el padre de Karina subió al templete. Tomó la palabra y agradeció nuestra presencia para festejar el cumpleaños de su hija única.

Su presencia tan súbita provocó tal sorpresa que el hombre parecía la aparición de un sol tras una tarde de tormenta gélida. Nos quedamos boquiabiertos porque el señor era de un porte grandioso.

Todos los rumores sobre su persona se confirmaron, y todos resultaron falsos al mismo tiempo.

Su discurso iba de maravilla hasta que uno de los invitados, emocionadísimo por tanta expectativa, y algo pasado de tragos, se levantó y aplaudió.

¡Viva la niña Karina!, gritó con toda su ronquera.

Y después, saltando de su silla corrió lo largo del jardín, hasta uno de los edificios contiguos al rancho. Todos lo seguimos con la mirada, atónitos de ese desenfreno intempestivo.

Llegó al final de los edificios, en la zona más remota del jardín. Unos tablones de carga se encontraban ahí, y sobre ellos cajas de cartón etiquetadas para el comercio de huevos de gallina.

Los hombres de seguridad habían corrido tras él, pero el hombre enloquecido corrió más rápido que ellos. Llegaba adonde los huevos, de los que nadie había prestado atención por estar hacia los linderos del evento que nos ocupaba el día de hoy, pero a relativa cercanía de donde todos nos encontrábamos, y que de haber hecho un conteo seguro se contarían en los miles, y así desbarataba una de sus tapas y encontraba los cartones engarzando cada huevo como si se tratasen de piedras preciosas y blancas. El hombre enloquecido, ante el pasmo de los elementos de seguridad, cogía en sus dos manos un par de huevos y regresaba corriendo a toda velocidad, ante la mirada

llena de escándalo de todo el pueblo, y la mirada lívida del padre de Karina que ahora gritaba por el micrófono

¡No, esos huevos no, alguien que detenga a ese hombre!

El hombre, sin hacer caso a los llamados urgentes del anfitrión, y sin ser detenido por alguno de los guardias, que se aventaban a derribarlo sin dar en el blanco por los esquivos movimientos, ya lanzaba los huevos en el aire y gritaba a todo pulmón, ¡ahí van los huevos de confeti!

Toda la congregación veía estos actos de manera desapegada, como si no fuéramos parte de esa realidad, como si enfrente tuviéramos un espectáculo, un show preparado de antemano por los anfitriones para deleitarnos aún más. En esa cámara lenta, en esa pantalla de cristal que se nos mostraba ante los ojos, los huevos volaban por los aires y en su lenta caída daba tiempo, un tiempo alongado que nos hacía finalmente partícipes de esa película extraña, donde ya algunos niños, entre ellos mi amigo Damián, se levantaban de sus lugares para buscar también los suyos y hacerlos volar por todo el azul del cielo.

El primer huevo se quebraba sobre la cabeza del alcalde y estallaba en mil pedazos, una explosión de polvo blanquísimo, como talco, que hacía una nube densa que le escondía la cara entera.

Otros huevos ya volaban también por aires, y eran seguidos por el grito popular de estos lares, ¡batalla de confeti!, tradición de fin de fiesta de nuestro santo patrono.

Ahora, cantidad de personas del pueblo ya cargaba cajas enteras y disparaban en metralleta su contenido por doquier. Los huevos se quebraban y su polvo blanco estallaba en nubes más y más espesas y todo se llenaba de ese polvo brillante.

La locura popular se hacía presente y todos lanzaban los huevos tomados de cajas que nunca debieron haber sido encontradas. El pueblo retornaba a su conducta habitual de fiesta y se dejaba arrastrar por la celebración espontánea y colectiva, el jolgorio del mejor día de sus vidas.

El padre de Karina gritaba desde su templete, pero nadie prestaba atención a sus peticiones. Yo presenciaba, sólo en mi silla, cómo Karina lloraba y observaba el espectáculo ridículo en el que se había convertido su cumpleaños.

La línea de tiempo se hacía un punto y todo pareció una eternidad, como una elasticidad que se estiraba hasta los infinitos y aletargaba los movimientos y los sonidos. Llegaban en destellos, ondas de luz y sonido, y el significado desternillaba la pesadez de la materia real.

Desde mi lugar, como un ojo que todo ve, rodeado de ese pandemonio, vi al padre de Karina soltar el micrófono y levantar en brazos a su hija, abrazarla y darle un beso en las mejillas.

Vi cómo el señor, con Karina en llanto, daba órdenes a sus subordinados. Se retiraba así con su familia, sin mirar atrás. Caminaban hacia uno de los

edificios y, seguido por otros hombres, abordaban un vehículo y arrancaba a toda velocidad.

Nuestros anfitriones abandonaban de esa forma la fiesta, que se había convertido en un batido de personas poseídas por un demonio furiosísimo, todas ellas empanizadas por una capa gruesa de polvo blanco, su consistencia entre el talco y la harina.

Y duraría esa batalla toda la noche, y la gente tendría sonrisas que se prolongarían por semanas, y alucines y dolores de cabeza que les cimbrarían las sienas y las frentes. Pesadillas también de monstruos lánguidos y sin miembros, rojos como sangre viva, ruidos espeluznantes que impedirían conciliar el reposo de los sueños. Y la culpabilidad sería la marca que portaría el pueblo en su historia, su cruz para el futuro, la ignominia de ser una región de hombres y mujeres sin la dignidad de la humanidad, reducidos a seres guiados por los instintos más bajos, peor incluso que los animales.

Y nunca más nadie en el pueblo, ni en toda la región, sabría nuevamente ni de Karina ni de su padre ni de nadie de esa familia, pues su abandono era total, por los siglos de los siglos y los siglos hasta el final de los tiempos.

Treinta Grandes

Aquella mañana, Abundio despertó de un extraño sueño.

Varias personas que no conocía se le acercaban y le hablaban en un idioma desconocido, parecido a un español viejo. Uno de ellos lo tomaba de la mano y juntos se adentraban por un gran corredor. Todo iba oscureciéndose, haciéndose frío. El espacio se estrechaba hasta que él y quien lo jalaba tenían que avanzar a gatas. El túnel desembocaba en un bosque negro y denso. Ruidos provenientes de todos lados, por allá un rugido leonino, acá un aullido lupino, un gruñido de lince.

Abundio avanzaba por el bosque lleno de miedo, pero su guía le decía con firmeza, ven, ven, te está esperando.

Comenzaban a descender. Una escalera de caracol giraba nueve veces y a cada paso provocaba mareo y vértigo. En cada nivel, por un breve momento, otras personas aparecían, sus caras deformadas y un tufo de azufre insoportable le atacaba las fosas nasales. Esas personas parecían sufrir un tormento interminable. Risas de locura acompañaban gritos de dolor.

Abundio no deseaba seguir, pero su guía lo tenía firmemente tomado de la mano, lo jalaba para seguir. Algo le decía, resígnate, acostúmbrate, aprende a querer este lugar, te espera con ansias.

Abundio no se resignaba y cerraba los ojos, intentaba soltarse de la mano de su guía, pero le resultaba imposible. Seguían bajando y ya podían olerlo, su olor era inconfundible, y ya podía ver su destello, su brillo también era inconfundible, y justo antes de dar el último paso, en el último escalón, cuando su guía ya abría la puerta que daba al gran salón donde él los esperaba, y Abundio ya podía casi distinguir su rostro, que sonaba el despertador y sus ojos se abrían de golpe.

Un grito agudo escapó de su garganta sin que pudiera detenerlo.

Abundio sudaba profusamente. Su cuarto olía a sudor y a cigarros viejos, aplastados dentro de un cenicero de aluminio hurtado de un restaurante de comida rápida. Sus sábanas también estaban empapadas.

Un olor distinto le picó la nariz. Un olor fétido.

Abundio se revolvió entre las sábanas y sintió en el fondo de la cama un líquido espeso. Levantó las sábanas de un sólo movimiento. No supo distinguirlo de primer golpe. Una mancha negra le cubría las piernas desde los muslos y bañaba casi la mitad del colchón. Abundio llevó su dedo y tocó la substancia. Estaba tibia. El olor a mierda fue evidente cuando el dedo estuvo frente a sus narices.

¡Qué chingados! ¡No mames, puta madre, qué jodidos es eso!

Abundio no salía del desconcierto y de la repulsión. Ahora caminaba por el cuarto sin entender.

Se dirigió al baño a limpiarse. La mierda le cubría las piernas y Abundio no pudo aguantarse el asco y terminó vomitando tres veces en el lavabo.

Su enojo estaba por los cielos, no podía explicar lo sucedido.

Poco a poco, la razón comenzó a invadirlo y no pudo sino aceptar el hecho de que se había cagado en sueños. Con asco todavía, quitó las sábanas sucias y limpió el colchón. Las metió en una bolsa que destinaría a la basura.

Se metió a la ducha y se restregó las piernas aún manchadas de mierda. Talló tanto que se raspó las piernas. Con el chorro de agua cayendo sobre su cabeza, cerró los ojos y comenzó a llorar.

Cuando salió de la ducha, ya se había relajado y su ira se había disipado. Su mente ahora se encontraba haciendo dos cosas: encontrar un sentido a ese sueño extraño, y decidir adónde ir a tomar un desayuno y un café.

Lo primero no lo consiguió, pero lo segundo fue resuelto prontamente. Iría al café de la calle cuarta, adonde atendía la chica linda y morena que tanto le gustaba, su paisana michoacana.

Intentaría, por enésima vez, invitarla a beber una copa, a quemar tacones en alguna taberna de la ciudad.

Ya tendría que aceptar la invitación, ni modo que lo siguiera ignorando, él, su paisano, su sangre de su sangre. ¿Acaso la flaca quería con uno de los pinches güeros? ¡Ni madres! ¡Tierra de tu tierra, haz patria y mata a un gringo!

*

Abundio apretó el paso por las banquetas angostas de Douglas.

No tenía mucho de haberse establecido aquí. Su nuevo negocio le requería un lugar fijo y con fuerte afluencia.

Este parecía idóneo.

Al menos no había tenido que luchar por el territorio. Los otros estaban en McAllen o en Juárez, en San Isidro, en otros lados.

Era obvio, Arizona no era el paraíso del cruce. Condiciones culeras, sol rechoncho y desierto negro. Pero el hambre era el hambre y siempre había desesperados por jugarse la suerte.

Abundio pensaba, después de todo lo que ya había pasado para llegar a ese nivel, a ser su propio jefe de jefes, que ni madres de echarse atrás. Eso no era de hombres, lo juraba por la virgencita misma. ¡Ni madres, ni cuando estuvo en el pinche botiquín de San Quintín!

Se repasaba ahora, ya con paso firme, los acontecimientos de su vida.

¡El pinche padre Toledano! El muy cabrón quería que fuese sacristán. Si en la iglesia ya ni las almas se paraban. Lo había puesto a aprender el catecismo. También a leer aquel mugroso librote, parecía más novela de espanto que libro de iglesia. Lo había escrito un pinche italiano, un tal Dante.

Si no se hubiese muerto mi madre santa, pensaba Abundio, mi vida hubiese sido otra. Pero qué se le va a hacer, fue el padre Toledano el que terminó de criarme. El muy canijo ni se esperaba que agarrara mis chivas y me fuera

para el norte. La carota que habría puesto cuando le llegó la postal desde acá. Unas güeras cachondas enseñando el culito, los trajes de baño con colores picantes, lentes oscuros, dientes de marfil, y la leyenda, *Greetings from Malibu*. Seguro la quemó. Toledano no aguantaba las bromas.

Pero la vida era ruda y al norte para hacerme hombre y a ganar billete. Ni modo, la chinga de la vida, el infierno de las cocinas, pelando papas, cortando zanahorias, batiendo salsas, rompiendo huevos, lavando trastos. A todas horas, sin dormir ni pescar un bocado. Así la friega en las cocinas para los ricos, en los restaurantes de Los Ángeles que las estrellitas del cine frecuentaban.

Y la pinche paga de muertos de hambre, la chinga del *social security number*, que los de la migra no te agarren.

Abundio recordaba cuando apenas había llegado a la frontera, a Tijuana, pueblo de ensueño. La avenida toda de luces y cabarets, todo anunciado en dólares.

Apenas uno ponía el pie en la ciudad y a lueguito sabían a qué veníamos. A soltar la feria si queríamos pasar del otro lado. Encontró a esos batos que lo sacaron de la zona donde los tibios se perdían. A ver el muro. Pinche pared hundiéndose en el mar, una imagen que no se borra. Y las cruces pintadas de blanco, una por cada muerto que intentó el cruce. El mosco zumbando a lo lejos y por las ranuras de esa pared metálica, a veces, la *border*, esos cabrones con gorrita verde, pantalones color beige, su insignia brillante. ¡Pinces putos! Si todos eran su mismo rostro.

Y el hartazgo de hacer sopas y ser tratado como despojo humano.

El compadre ofreciendo un nuevo negocio. Mil borlotes por sólo llevar un paquete a un lugar. Y otros mil por otro, y uno se enchufaba con la feria y hasta con el contenido, y se perdía.

¡El hoyo es para pendejos!

Y yo había sido muy pendejo.

Ya fuera por pura pinche suerte, a rehacer los planes.

Nunca más ser un pendejo.

Con cierta calaña, cierto nombre también, el destino en Douglas Arizona, el nuevo plan para pegarle al gordo, para hacerse *self made man*, para el *american way of life*, para la *californication*, para el sueño americano, para Darwin y la ley del más fuerte. Así es la vida, ¡chínguese quien no la quiera!

*

Abundio cruzó Norte y calle Dos. Estaba a unas cuadras del restaurante. Un rechinido de llantas súbito y el ruido de dos portezuelas abriéndose.

Tres tipos grandes lo rodearon. Sin que Abundio pudiera hacer algo, lo cargaron y lo metieron al carro. Otro rechinido y el carro arrancó con fuerza. Dobló en la esquina siguiente.

Abundio tenía la boca tapada por la mano inmensa de uno de los sujetos, otro lo tenía en un abrazo demoledor que lo mantenía inmóvil.

Una venda en los ojos.

Abundio sintió dos cadenas abrazar sus muñecas. El sonido certero de un candado haciendo clic y un golpe seco.

Olió su propia sangre gotear de la nariz.

El carro avanzaba a alta velocidad. Los hombres hablaban inglés.

*

El auto se detuvo con suavidad.

Dos brazos potentes lo jalaron. Abundio se dejó llevar. Su cuerpo azotó en el suelo y sintió en el tórax una patada que le desfiguró el rostro tras la venda.

Nuevamente lo tomaron y con brusquedad lo arrastraron hasta una silla donde fue depositado sin gentileza.

Alguien le quitó la venda, pero Abundio no logró ver.

Una potente luz iluminaba su rostro y el brillo cegaba todo. Sentía la sangre tibia escurrirse por los labios, probaba su sabor metálico.

A su alrededor escuchó voces rasposas, voces de hombres tan grandes como osos grises, hombres afiliados a la *National Rifle Association*, hombres que bebían *Coors*, hombres que en domingos marchaban bajo sábanas blancas y encendían cruces enormes con fuego.

El corazón de Abundio latía fuertemente.

Un hombre se acercó.

Abundio no podía verlo, pero lo supo a centímetros de su cara.

El hombre habló en un español sin errores.

—Te conocemos, sabemos qué haces, no eres más que basura llenando nuestra tierra sagrada con tu gente de mierda, tu vida no vale, pura escoria, no mereces vivir.

Abundio quiso decir algo pero las palabras no salieron.

El hombre habló de nuevo.

—Tenemos una propuesta para ti. Si te niegas, haremos de ti nuestro juguete. Pasaran los días y terminarás suplicándonos que te metamos una bala en la cabeza. Si aceptas te dejaremos en paz para siempre, serás un hombre nuevo, podrás hacer lo que te plazca.

Abundio escuchó las palabras, pero le era imposible pensar.

Escuchó la voz y no distinguía en ella la voz de algún conocido. Tampoco distinguía la voz de alguien que le jugara una broma, un timbre de seguridad que Abundio conocía bien, de quienes tenían negocios que no podían salir a la luz.

El hombre habló de nuevo, ahora en inglés.

Abundio escuchó detrás de sí el rugido de una moto sierra.

Su cuerpo se tetanizó de miedo. El hombre habló de nuevo.

—Quiero un sí o un no. El sí hace que te dejemos tranquilo, te desamarramos los brazos, incluso hasta te damos una cerveza para que escuches nuestra oferta. El no hace que mi amigo se divierta un poco contigo.

Abundio no quería saber nada de moto sierras. Era un hombre valiente, pero se había jurado nunca más ser un pendejo.

Decir no era una gran pendejada.

Abundio dijo sí.

—Yes —repitió.

La moto sierra dejó de girar. Abundio sintió dos manos que lo desamarraban.

El hombre volvió a hablar.

—Mi amigo te está apuntando ahora con una escopeta a la cabeza. No intentes ningún juego, no dudara en disparar. ¿Quieres algo de tomar?

Abundio asintió con la cabeza. Se limpió con el brazo la sangre del rostro. Pidió un cigarro. Una mano surgió de entre la oscuridad y le colocó el cigarro en la boca, la misma mano le acercó un cerillo prendido y Abundio pudo dar dos fumadas antes de relajarse.

El hombre dijo:

—Mis socios quieren divertirse un poco el fin de semana. Algo sencillo. Piensa un safari en África. Tú no juegas ningún papel en eso. Tú sólo tienes que hacer lo que haces siempre. Te daremos un mapa para que te guíes. Te daremos diez grandes por cabeza. Tú sólo encárgate de que estén donde nosotros te digamos.

Abundio no entendió bien.

—¿Me darán un mapa con un lugar señalado y eso es todo?

—Tú haces lo de siempre, pero lo haces por el lugar del mapa. Eso es todo.

Abundio, todavía desconcertado.

—¿Quieren que cruce a la gente por ahí?

El hombre soltó una carcajada, los otros hombres rieron también.

—*Fucking spic is finally digging it.*

Abundio, con su inglés masticado, entendió perfectamente la frase. Sintió un poco de valor, que concretó en una sola pregunta:

—¿Son *minutemen, patriots*?

El hombre rió más fuerte y los otros hombres rieron también.

—Los *minuteman* son *sissies, faggots*, sólo quieren aparecer en Fox, *bunch of pussies, talk, talk, but no action.*

—¿Y cuándo me dan el dinero?

—*Ten grand per head*, diez gordos por cabeza, pero primero tenemos que ver cuántas hay. Dinero después, confía en nosotros.

Abundio sintió que el mundo se le venía abajo. ¿Pinches gringos, confiar en ellos? Los hijos de la chingada estaban dispuestos a matarlo y todavía pedían confianza.

—Necesito ver el dinero, *biznes es biznes.*

Abundio pensó que había firmado su sentencia de muerte. Todo se detuvo un momento. Pero el hombre dijo, te daremos diez ahora, lo otro cuando sepamos cuántas cabezas.

Abundio recibió un fajo de billetes nuevos, los revisó. Diez grandes de verdad.

Abundio se dejó vendar nuevamente los ojos y dejó que los brazos lo guiaran, ahora con gentileza y cuidado, hacia dentro del auto. El auto se puso en marcha.

Algunos minutos después, Abundio estaba en un callejón contando hasta cincuenta, antes de quitarse la venda de los ojos. En su bolso los billetes enrollados con la copia de un mapa con instrucciones.

*

El viernes Abundio ya tenía listo un grupo de pasantes. La mayoría eran michoacanos que habían decidido confiar en él porque era su paisano. También dos salvadoreños y un guatemalteco habían pagado la feria, y tres mujeres con todo y bebés.

Esperaban el sábado para que Abundio los guiara hacia el Dorado.

*

Esa noche Abundio no conseguía dormir.

Temía soñar de nuevo aquel sueño, el sudor le escurría por todos los poros, fumaba cigarro tras cigarro y se quitaba ese sabor con tragos de cerveza.

No había vuelta de hoja, los dados estaban echados. La vida era injusta y cruel. Diez mil dólares por cabeza.

*

El grupo brincó el muro antes de la salida del sol.

La neblina y la noche escondían su avance, pero el mosco electrónico tenía un ojo infrarrojo que la oscuridad no detenía.

Abundio seguía el mapa y guiaba a todos por el desierto, entre matorrales y algunos espinales. Una columna de humo blanco cortaba la noche desde una cuesta. Una Bronco de la *border*. El grupo se escondió entre algunas matas. La Bronco tomó otro camino y el grupo avanzó.

Abundio leyó el mapa, las manos le sudaban, el sol empezaba a pellizcar el horizonte.

—El sol ya está saliendo, Jaime, Vicente, todos, vayan por ese camino y oriéntense con la montaña aquella, tienen que caminar con ella siempre a su izquierda, que la montaña siempre quede a su izquierda, cuando vean a la *border* escóndanse y no se muevan hasta que se vaya, y cuando vean al mosco cúbranse con el papel aluminio, yo aquí ya me despido, bienvenidos a los *Yunaited*, que Dios los bendiga, hablesenles a todos de mí, Abundio el coyote de la sierra, el cumplidor de sueños.

María miró a Abundio y sus ojos se llenaron de agua.

—¿No vas a acompañarnos hasta el final?

Abundio no supo qué responder. Las tripas le crujieron y el corazón se le hizo chiquito. ¡Su puta pinche suerte, su pinche suerte! ¿Quién lo hubiera creído? María la de su pueblo, el amor de infancia, la que iba a misa nomás para mirarlo. No podía dejarla irse directo a la cueva del lobo, a los otros sí, esos no eran María, pero ella, imposible.

—Iré con ustedes un poco nada más, para que no se pierdan.

El grupo avanzó por el desierto y el alba nacía.

*

De pronto la cabeza de Vicente explotó en mil pedazos.

Otra bala rebotó en el suelo. Abundio sabía lo que pasaba, pero no tuvo tiempo de decirles algo. Ya todo el grupo corría y más balas silbaban en el viento.

Abundio alcanzó a María, que corría abrazando a su bebé.

Abundio la protegió con su cuerpo y la arrojó al suelo. Las balas volaban y buscaban un lugar para anidar.

Abundio buscaba a los hombres, intentaba localizar algún lugar para esconderse, María y el niño lloraban.

—¿Qué sucede?

Abundio jaló a María con toda su fuerza.

—¡Corre, corre, corre!

María y Abundio corrieron por el desierto.

Las balas los siguieron de cerca. Todo fue confusión y pánico. El sol despuntaba y su luz avanzaba, un gran círculo blanco que crecía.

—¡Corre, María, corre, no te detengas!

Y finalmente el silencio.

*

Un hombre con sombrero tejano y botas finas se acercó al cuerpo de Abundio.

En su espalda descansaba un rifle de caza, un Nitro 600. Su ropa era cara, su cinturón todavía portaba algunas rondas.

Otro hombre con barba de candado, gordo y grande como oso polar se acercó al primero.

—*Nice shot, old man, right in the kisser, you pumped too much though, head all blown up, it won't do next to your buffalo, maybe only the hand well mounted on a brass frame?*

El primer hombre se alejó y dejó al otro hablando solo. El hombre gordo se agachó y esculcó el cadáver. De la chamarra sacó un mapa.

—*Shit man, it's this motherfucker!*

Se levantó y escupió sobre el cuerpo.

—*Now you see, fucking brownie, we always pay our debts, we always do. Ten grand per head, you got it!*

Alma

La lucha de hoy crea la fuerza de mañana

Éste es el cuento de Alma.

La historia comienza en San Clemente, pero pudo haber comenzado en cualquier otra ciudad o pueblo del país. Da igual en donde sea pues en todos lados es lo mismo.

Alma vivía una vida normal junto a sus padres, Ignacio y María.

Su padre tenía un hermano, el tío Ricardo, del que estaban alejados por andar en malos pasos. Decían todas las malas y buenas lenguas que andaba en el negocio, pero nadie sabía si eso era verdad. Era imposible saberlo, el tío Ricardo nunca hablaba de lo que hacía y tampoco nadie preguntaba, pero siendo lo que son las circunstancias de la vida, sin los empleos para los jóvenes y la cosa tan difícil, nadie tampoco dudaba porque fajos de billetes no le faltaban

Así que nadie se preguntaba si podía ser de otra manera. Eso o la pobreza, o el exilio al norte, con sus peligros, sus tristezas.

Alma iba a la escuela. Cursaba el último grado de la Secundaria y venía de celebrar su fiesta de quince años. Sus padres hicieron un gran esfuerzo por hacer una celebración digna de su hija única. Todo había resultado bien. El vestido blanco con una crinolina enorme. Los chambelanes, los últimos regalos de niña y el primero de mujer, los bailes de tres estilos diferentes: cumbia, ballet y reguetón. Alma se sintió como una verdadera princesa y en el fondo, lo era.

Una noche la familia cenaba. El teléfono timbró un par de veces. El padre de Alma contestó.

—Bueno —dijo al aparato.

Del otro lado de la línea solo escuchó insultos y palabras amenazantes.

—Te vamos a matar.

—Está equivocado —dijo Ignacio al teléfono.

—Tú bien sabes quién habla, malnacido, eres Ricardo, nos debes.

Buscaban a su hermano, lo estaban confundiendo. Colgó el teléfono.

Regresó a la mesa con las manos temblorosas. Su esposa preguntó si todo estaba bien. Alma tenía miedo.

Se tranquilizaron al poco tiempo. A lo mejor no era de importancia, un simple error con la confusión de números. No era la primera vez que llamadas así sonaban en la casa.

Una noche, terminaban de tomar un pan con leche cuando escucharon rechinidos de llantas. Ignacio fue a la ventana. Se soltó la balacera.

Tres balas golpearon el pecho de Ignacio. María gritó y balas le golpearon el rostro. Sus cuerpos cayeron, perforados por el metal frío, chupados de su fuerza de vida en un segundo. El rostro deformado y la sangre, borbotones de rojo, río por donde se escurrían los deseos de mundo.

Alma se escondió bajo la mesa, la balacera era tal que las paredes retumbaban. Se arrastró hasta el cuarto por entre los vidrios rotos y todo lo que caía a su paso, los recuadros de vidrio de sus quince, los retratos colgados en la pared, los trastes, las astillas de los muebles de madera. Llegó al cuarto y se escondió bajo la cama, de ahí no saldría nunca, pensó.

Los hombres habían venido a cobrárselas.

La balacera cesó y Alma lloró hasta que se hizo un desierto en su interior.

Pasó toda la noche con el pecho a tierra, los ojos pelones, el tiempo negro que no transcurre.

La mañana siguiente, Alma escuchó pasos en su casa. Una voz.

—Alma, Alma, Alma.

Era la voz del tío Ricardo. Salió de bajo de la cama y fue a su encuentro. Se abrazaron y lloraron.

Todo era un grave error, dijo, pero ahora tendrían que huir.

Alma se acercó al cuerpo de sus padres, estaban fríos, la sangre se había secado y les pintaba el rostro con líneas de un maquillaje horrendo que los hacía ver envejecidos.

Les cerró los ojos antes de despedirse de ellos.

No lloró más porque se le habían acabado las lágrimas.

El tío la llevó a los autobuses.

Juntos se fueron a la frontera.

Usando un contacto, cruzaron hacia el país vecino. Usaron un puente aduanal bajo la tutela de los contactos. No había sellos ni papeles, solo dinero cambiado de manos en cada control.

Comieron algo en algún puesto callejero de la ciudad vecina. El tío compró una botella de agua y un bocadillo para llevar. Compró en la estación un boleto de *Greyhound* hacia San Antonio. Alma tendría que ir sola. Él iría a otro lado, tenía un encargo que hacer. Alma no quiso saber. Su mente estaba en blanco.

El tío le dio una dirección.

—Busca al padre Anselmo, te ayudará.

Así se despidieron sin saber que nunca más se volverían a ver. A él lo cazarían hasta encontrarlo, le cobrarían la carga que había perdido en un asunto donde los federales se les habían adelantado. No había sido su culpa, pero también sí lo había sido. No había medias tintas en el negocio del mal. Alguien siempre tenía que pagar y nunca eran los jefes.

Alma llegó a San Antonio, pero las primeras personas a las que preguntó no supieron decirle algo. Solo la miraron con desdén.

Una de ellas la insultó porque no sabía hablar inglés.

Alma no supo dar con la dirección. Veía el nombre de las calles y no tenía idea de cómo hacer para llegar a la dirección del papel. Ese día nadie la ayudó y ella tampoco quiso intentar más.

Pasó la primera noche en una banca del parque. El frío no le preocupó tanto como el temor de que alguien le hiciera daño. Que las balas volaran otra vez, que le tomaran el pie y la arrastraran hasta un cuarto oscuro donde le harían cosas indecibles. Todos los ruidos de la ciudad la sobresaltaban en su corazón. Miró las estrellas en el cielo, tan lejanas, puntos blancos flotando en un mar de negro. Qué pasaba con las estrellas en su quietud. Por qué allá no existían las balas.

En la mañana, Alma tenía mucha hambre.

Se comió el bocadillo, pero siguió con hambre. Su tío le había dado algunos billetes. Intentó comprar algo de comer, pero nadie le quiso aceptar el dinero, no entendían qué decía.

Nadie le regaló tampoco nada.

Cuando ya no sabía qué hacer, gritó al cielo y un hombre que pasaba por ahí se detuvo.

—*Hello* —dijo.

Alma no hablaba inglés y el hombre le habló en un español a medias.

—Hola, qué quieres.

Quería comer, le enseñó sus billetes. Pudo comprar un *hotdog* que le supo cómo la mejor comida de su vida. El *hotdog* habría costado apenas un dólar, pero de los cinco que entregó al señor no recibió cambio alguno.

Alma caminó todo el día por las calles. Sin darse cuenta, dio en la dirección.

Entro en la iglesia y se sentó en una banca. Miró a Dios de frente, su sufrimiento hecho de piedra. Se sentía sola como él. Sus clavos en su espalda, uno por cada uno de sus padres, el del tío el clavo más grande.

Alguien llegó a su lado y le dijo que la acompañara. Le hizo seña para seguirla. Alma no sintió miedo, empezaba a perder ese sentimiento. Llegaron a una oficina detrás de la iglesia. La mujer la dejó ahí. El sacerdote llegó un minuto después. El padre Anselmo escuchó su historia, se llevó la mano al pecho y apretó la cruz que le colgaba del cuello. Una más que debía atender, cuántas almas más habría todavía en el futuro.

El padre Anselmo se dedicaba a eso. A ayudar a las almas en pena. Era un hombre sensible. Los había todavía en el mundo cruel, aunque hablaran mal de la iglesia y no estuviera exenta de personas malas en su interior, al menos él era bueno. La contactaría con un grupo de ayuda de migrantes. Alma era una refugiada de la violencia, de la guerra sin sentido, de la sangre, del negocio de las drogas que mataban la inteligencia de los débiles.

Los días en San Antonio pasaron y se convirtieron en meses, algunos bien, algunos malos. Vivía con otros en la iglesia, en el sótano. Había cuartos donde otros niños vivían, familias incluso.

Alma sufría porque no tenía a sus padres y porque nadie, ni siquiera las personas del grupo, la abrazaban nunca. Le decían cosas, le llamaban por su nombre, pero nadie la abrazaba.

En las calles la veían feo porque no hablaba inglés, porque las palabras que aprendía las decía con un acento extraño.

Al principio no la aceptaron en la escuela porque no tenía papeles. Ni la escuela ni el gobierno reconocían su existencia. Era un fantasma deambulando por las calles grises de San Antonio, mendigando una sonrisa.

Sin embargo, Alma estaba ahí, de carne y de hueso. Tenía nombre, apellidos. Había tenido unos padres. Tenía una vida que no claudicaba, aunque cerrara los ojos y se imaginara en el espacio oscuro de la noche sin fin.

Al cabo de unos meses, los del grupo finalmente lograron registrarla en la escuela. Los papeles habían llegado.

Empezó a ir, a ver a otros niños en los salones. Ninguno le hablaba porque era la niña sin familia. Pero eso era mejor que cualquier cosa. Al menos miraba el pizarrón y copiaba las letras en un cuaderno viejo, hacía las figuras con su lápiz. Nadie le prestaba los colores ni la regla, pero la maestra no se molestaba por sus dibujos en blanco y negro.

Alma ahora solo tenía una meta. Quería ser feliz, salir adelante, aprender, jugar, reír, amar.

Pero nada de eso tenía. El dolor algunos días era tal que obnubilaba todas sus esperanzas, todos sus pensamientos.

Ya en el sótano la conocían, la dejaban quedarse triste mirando el suelo, no la molestaban, le llevaban un plato con arroz y frijoles, algunas tortillas o un pedazo de pan, un vaso de limonada.

Algunos días se decía que no quería seguir así. Quizá nada valía tal sufrimiento, tal hueco en el corazón. Veía también pequeños gestos de bondad por aquí y por allá. La mano que acercaba el vaso de agua al sediento. La sonrisa franca. La verdadera ayuda entre las personas.

Salió de la escuela y tomó rumbo a la iglesia. Caminaba por la acera mirando las cuarteaduras del pavimento. El cielo moteado de nubes de agua y pronto llovería. Alma no tenía problema con mojarse, el agua fría le lavaría ese sentimiento de pesadumbre del corazón.

Dobló en la esquina y se fue por el andador entre edificios. No le daba miedo irse por esas callejuelas traseras, entre los tambos de basura y los automóviles estacionados. Un perro husmeaba un cesto de basura. Olisqueaba buscando algo que comer. Sus patas temblorosas, su cuerpo delgado con la piel pegada a las costillas, pero los ojos despiertos, ávidos de mundo y a sus sensaciones, una antena de los peligros del mundo y de su soledad. La vio venir, pero Alma no representaba peligro, ni en tamaño ni en ademán.

Alma recordó que traía medio sándwich en la bolsa donde metía el cuaderno. Lo sacó y lentamente, enseñando el sándwich por delante, se acercó

al animal. Como dos amigos que se acercan, temerosos de no encontrar el abrazo, anduvieron el punto medio y el perro tomó el sándwich entre sus dientes. Masticó y sus ojos de agradecimiento traspasaron la mirada de Alma.

El perro, sin padre ni madre, sin tíos ni amistades que lo arroparan, como un caballero solitario y andante en el mundo, sobreviviendo por el instinto y por el corazón que no cesaba de latir.

Alma se acercó cuando el perro terminó con el sándwich y comenzó a acariciarle el lomo. El perro se dejó y parecía gustoso de ese contacto, pero después regresó a su camino y la dejó ahí sola.

Al llegar a la iglesia, una de las otras migrantes, le tendió un plato de sopa de letras. Alma lo tomó con agradecimiento y probó la sopa caliente al tiempo que el cielo reventaba en lluvia.

A pesar de todo, su corazón latía, y la sopa simple con tomate y sal le supo lo mejor del mundo.

Se reconoció en la mirada del perro y sonrió. Ahí estaba ella, sola, pero con la fuerza de vida en sus venas. Sintió algo en el pecho. No supo describirlo, una sensación informe que le cimbró todo.

Nadie se lo impediría, nadie, nunca, jamás. Ya la muerte era su único enemigo en este mundo y por ahora era un rival que se encontraba lejos.

Los hombres y las mujeres del mundo podrían sufrir y hacer sufrir, el cuerpo podría dolerse, desagarrarse de una manera que enloquecía, pero aun así el cuerpo seguiría. La muerte no estaba allí todavía. Y mientras no llegara podría caerse y dolerse, pero también levantarse y curarse.

Todo era pasajero, los días y las nubes, la gente que iba y venía del sótano de la iglesia. Los niños que lloraban.

Ella no lloraba más desde la balacera. Una vez lo intentó, se forzó a hacerlo. No pudo. Esa noche soñó con la muerte y la muerte le dijo que el llanto se le había secado para siempre. Que ya vendría al final, que mientras dejara que el corazón latiera. Que el corazón latiera. Que ahora era tiempo de vivir.

Por algún extraño sentimiento, sentía esa conexión con los abandonados del mundo. Ella era la reina de los abandonados. Por ellos el corazón latía. La energía que la hacía vivir sin que ella pudiera apagarla o rechazarla. Cerraba los ojos y la sentía en su corazón sin que pudiera detenerla. Miraba al dios clavado en la cruz y escuchaba las historias de su victoria sobre la muerte. Eso le daba reposo, pensar esa batalla tras la cruz donde destruía para siempre el vacío del mundo.

En la escuela empezó a sonreír, su maestra notó el cambio. No era la mejor, pero podría mejorar si lo tomaba en serio. La maestra la tomó bajo su tutela. Alma poco a poco se hizo de una nueva voz. Empezó a comunicarse en otra lengua donde todo parecía posible. Empezó a dibujar su historia, la haría como los cómics que encontraba en la biblioteca. Veía a los héroes dibujados y siempre vencían al mal, incluso con la negrura dentro de sus corazones. El

hombre murciélago sufría también, sus padres habían muerto, pero él triunfaba contra el mal.

Cuál es tu nombre, Alma. Tu nombre es Alma. Es tu espejo inquebrantable, latiendo siempre.

Así que un día despertó con la convicción de que saldría adelante, estaba sola como un perro, pero él salía adelante y ella lo haría también. Despertaría de la noche oscura de su vida a pesar de los embates que hubiera en su camino. Un paso a la vez, un día a la vez. Otros lo habían logrado. Todo estaría bien. Todo era un simple paso en la vida. Tan solo eso, y eso era más que suficiente.

Los cuentos serranos

Tengo un día por delante, pero no sé qué sucederá cuando llegue la noche
Juan Rulfo

La noche los había alcanzado cuando andaban muy alto en alguno de esos montes de tierra pelona, arbustos y espinales, que constituyen la sierra.

A Fidencio, eso de pasar la noche bajo la luz de las estrellas, no le llamaba mucho la atención. No porque no brillaran bonito con sus luces de amarillo y rojo celeste, guiñando de cuando en cuando, como viéndote y sonriendo por ser miradas, más bien porque los aires, allá arriba del cerro, se ponían de hielo, sobre todo en esta época de otoño adelantado.

A Macario le daba igual. Igual porque el frío estaba recio y su sarape no cubría con buen calor, ya acá ni modo de tejerse otro así nomás en un dos por tres sin hilos ni tejedoras, e igual porque eso de regresarse al pueblo por el camino escarpado, a estas horas donde ya lo negro cubría todito, tanto que a veces ni el burro mismo se veía la nariz, resultaba tan imposible cómo duro de aceptar de pasar la noche acostado en alguna tierra plana que por ahí encontrarán, teniendo por cobija la luz mortecina de los astros y el abrazo calador del viento de estos lares.

Fidencio le dice a Macario:

—Ya que nos hemos tardado tanto y que esta noche nos ha pintado de negro los planes, y pues tú y yo siendo buenos indios como somos y conocedores del monte y de los elementos naturales de por acá, se me ocurre, ahora que le pongo un pensamiento, que nos hagamos a la idea de encontrarnos un paraje, quizá uno detrás de algún arbusto alto, y que de planito y sin piedras se muestre propicio para recibir nuestro descanso.

Macario le responde a Fidencio:

—Mira que has palabreado muy bonito y con mucha verdad, Fidencio, y no diré cosa otra que coincidir contigo en todo eso que ya has nombrado con tus labios y tu lengua, aunque, si ya estamos en estos menesteres, que como diría el señor cura de San Beltrán, son la sal de la vida, mi pensamiento quiere agregar de buscarnos al mismo tiempo algunas ramas secas, algún matorral marchito, para que podamos alumbrarnos y darnos un cuarto más de calor con la fogata en la que esas maderas se convertirán.

Fidencio, cabizbajo, replica:

—Tomate el lado derecho para que hagas tu búsqueda, nada más no te alejes a más de cien pasos. Yo haré lo mismo, pero en el lado opuesto. Y abre bien los ojos para que así grandemente abiertos te entre bien la luz negra de esta noche y al menos distingas entre los matorrales verdes y frescos de aquellos que merecen su conversión en fuego.

Los dos hombres se separan en el acto y a pesar de la muy densa oscuridad, una oscuridad casi hecha de gelatina con sabor de carbón, encuentran ambas cosas, lugar y leñas. Se buscan mutuamente y casi como coyotes, usando de todos sus sentidos y sobre todo del olfato, se dan encuentro.

Fidencio habla:

—Mira que casi no doy contigo, Macario, pero ese olor tan particular que te nace de las axilas, aun a pesar de tantas recomendaciones que te ha dado Don Agustín, sabes, esas de que te talles con piedra de pómez bien abajo de los brazos cuando te llega la fortuna, o la coincidencia, de cruzarte por el río, y que ahora y con mucha satisfacción, veo que no has seguido consejo, pues ha permitido que te dé encuentro y me acerque de ti.

Macario, rojo de pena, aunque por tanta noche ese rubor ni se distingue de entre lo negro, dice:

—Ya sabía yo que eso de bañarse no pagaba, sobre todo porque el agua de río corre siempre tan helada, como si de su fuente nacieran muertos tiesos, y que yo, por ser tan frágil de salud, según el mismo Don Agustín que ya has tenido a bien de mencionar, no quisiera que la tos me pillara, menos ahora que Ignacia espera al chamaco y pues que casi vengo al final de mis deliberaciones sobre eso de irme un rato a San Martín, a trabajar con mi compadre, sabes, Tacho, en eso de la construcción, para hacerme de algún billetito extra y luego regresar de nueva cuenta a esta nuestra tierra y comprarle a Don Melquíades una cabrita joven pero productora, y darle su leche al chamaco cuando por fin sea parido. Y en otra cosa ya que la plática se nos da así de fácil entre tú y yo, tan cultos hemos de ser, los más cultos del pueblo, te diré, Fidencio, que tú tampoco desentonas en eso de los aromas, pues fíjate que yo he dado contigo usando la misma técnica, sólo que en lugar de olfatear el rugido de tus axilas, ha sido el soplete de tus patotas que me ha brindado la solución para encontrarte entre este laberinto de negrura.

Fidencio, entre grandes carcajadas, dice:

—Pues mira que entre todos los compas que me pude pescar en este pueblo de donde hoy por la mañana hemos salido rumbo a esta parte desierta de la serena sierra, tú, Macario, eres el más chistorete, pues sabrás que justamente hoy, María ha hecho que me lave los pies con una palangana repleta con agua de la pileta, y no obstante su baja temperatura, que me recuerda en este mismo instante este airecito zumbador, me los he tallado con un ramito de hierbas olorosas, ruda, perejil y hasta cilantro, y les he dado brillo y lustro como si se tratara de encerar los zapatos de Don Pepe, sabes, nuestro insigne Presidente Municipal, cuando me pide que se los encere que dizque porque tiene que ir a San Martín a una reunión oficial con el señor Gobernador del Estado.

Macario, haciendo gestos como de gran respeto, prosigue:

—Pues haré bien en creerte eso de que te has lavado los pies, y no diré más que disculpas por ser tan menso y por haber confundido ese olor tan

singular que me viene, ahora ya distingo con exactitud, de tu boca, por el otro que erróneamente he señalado.

Fidencio:

—Disculpa aceptada, Macario, pues eres bruto de nacimiento y contra tu natura nada puedes.

Los dos hombres ríen mientras uno de ellos intenta arreglar una pila de ramas y hierbas, el lugar de la fogata, y el otro, a tanteos y a ciegas, examina el terreno para despejarlo de las piedras filosas que se clavan en la espalda cuando uno se acuesta sin petate sobre la tierra.

Macario habla:

—Ya que las brasas han tomado la forma de lumbre roja y azul, sugiero que de tu costal, ese que te ha tejido María y que tu burro aún carga, si serás despistado y malagradecido con el pobre animal, saques algo para echar la merienda, pues ya oigo el tripero que llevo dentro clamar por algo sólido.

Fidencio, buscando al burro que carga el costal:

—De todas las burradas que venías diciendo en el camino y desde que esta noche se hizo tan presente y nos ha contrariado a esta situación tan particular, fíjate que de lo que de tu bocona acaba de salir es la menor, pues has hablado bien en decir que tu panza pide el alimento merecido, después de tantas horas de camino y friega, y la mía, justo ahora que presto atención, casi como en coro, secunda el clamor de la tuya.

La fogata ilumina, primero débilmente, ya después con mayor intensidad, ese paraje rodeado de noche negra. La misma noche, encandilada por brasas que chipotean y relamen las leñas, bailan y crepitan rítmicamente con el siseo de los aires. Se ha podido ver hasta la sombra de su ser, larga como un callejón de pura oscuridad, reflejarse entre las matas y los cactus.

Los dos hombres, absorbiendo de esas llamas un poco de calor que el viento frío les retira del cuerpo, instalados ya por tierra, comen en silencio, el primer alimento de este fin de día. Un alimento sencillo, tamales de verde y de rojo, recalentados dentro de sus hojas de maíz sobre la orilla de ese fuego. Un sabor de dulce azúcar ligeramente quemada, combinada con el picor de las salsas que reviven a todo muerto. Para bajarse el bocado llenador, que aunque dulce y chiloso, pudiera no querer bajar por el tracto digestivo, será por el tamaño de esas mordidas tan grandes que Macario pega, se turnan una vejiga repleta de aguardiente de agave, que según Fidencio es fabricación de su otro compadre, y que, por eso de ser fino y no igualado como lo es Macario, llama Mezcal.

Fidencio tiene la palabra:

—Pues ya, Macario, que nos vemos reposados y comidos y sobre todo, bebidos, te diré que esto de pasar la noche acá por el cerro ya no pinta tanto como mala idea, si acaso, me preocupo por lo que pudiera pasarle por su cabecita a María, seguro ya ira en el cuarentava vuelta de rosario, pidiendo y

pidiendo por nuestro bienestar y porque no nos haya cargado algún coyote peregrino, pero dado que nada de eso ha acontecido y dado que ya mañana habrá tiempo suficiente para darle sus explicaciones, ahora te digo también que eso de dormir como que ya no se me está dando, no porque el cansancio no sea suficiente, sino porque en su lugar quisiera que me contaras alguna de esas historias tan jocosas que te sabes, y que luego, cuando estamos en la cantina del pueblo, tienes a bien a recontarnos.

Macario, entrecerrando los ojos como para hacer mejor memoria de las historias, asiente con la cabeza y dice que sí, que contara una de ellas.

Aquí la historia que Macario cuenta.

El diablo y el mexicano

Un día estaba el diablo paseándose por su infierno, iba y venía entre las salas de tormento y entre las cárceles donde retenía a las almas renegadas.

Se encontraba supervisando el arribo de otro tren repleto de almas perdidas y condenadas. Después de clasificarlas y mandarlas a sus respectivos castigos, el diablo, un poco cansado, comenzaba con las quejas.

—Tanto trabajo, tanto trabajo, no hay nadie para ayudarme, he puesto a algunas de estas almas a colaborar conmigo, pero con eso de que a las que les toca el castigo del trabajo, les toca precisamente porque en la Tierra eran perezosas, ya podrán imaginarse que al rato de un breve tiempo, apenas me descuido tantito, ya están durmiendo la siesta, más con este calorcito. Pero sobre todo, más que cansado ando aburrido, esta rutina no termina y yo necesito algo de distracción.

El diablo regresó a su oficina y se puso a reflexionar sobre su situación. Al cabo de un rato, se le había ocurrido una grandiosa idea para terminar con sus problemas.

—Visitaré a Dios para que me dé la solución. De paso visito a mis compadres celestiales y puede que hasta me dejen asistir al concierto de los querubines. Dios sabe cómo me encanta esa música.

Así que el diablo cerró la oficina, colgó el letrero de vuelvo al rato, tomó su paraguas y su sombrero y se fue a visitar a Dios.

Cuando el diablo llegó al cielo tocó a la puerta.

—¿Quién es? —dijo San Pedro.

—Soy yo, el diablo, vengo a preguntar a tu jefe una cosa.

San Pedro abrió la puerta, pero no dejó entrar al diablo.

—Ahorita anda un poco ocupado, está arreglando una tubería que se ha averiado y que está provocando un ciclón en la tierra. Además tiene agenda llena, a las cuatro, cita con Gandhi, a las seis con la virgen María.

El diablo, frustrado, soborna discretamente con dos billetes a San Pedro, e insistió.

—Espérate tantito, voy a ver qué puedo hacer por ti.

Minutos después, el diablo estaba en la sala de espera de la oficina de Dios, leyendo un periódico con las noticias del mundo.

—Guerras y más guerras, y esta epidemia en África, y los cambios en los climas, pues qué está haciendo Dios.

—Pasa, Luci.

El diablo entra en la oficina de Dios y toma asiento.

—Vine porque te quería preguntar algo. Seguro ya lo sabes, la omnisciencia y todo eso, la cosa es que no me doy abasto con la chamba, pensaba que tal vez tuvieras alguna sugerencia.

Dios se acaricia la espesa barba blanca, se rasca con un dedo la nuca de la cabeza, se lleva la mano a la barbilla y hace cómo que piensa. Le dice al diablo:

—Para tu problema de aburrimiento te aconsejo un viaje. Quizá pudieras recorrer la tierra, impregnarte un poco de cultura, comer diferentes gastronomías. Date vuelo, seguro no es dinero lo que te falta.

—No, seguro no es dinero. Quizá un viaje pudiera despejarme. Para mi otro problema, qué me dices.

Dios habla:

—Ya que andarás de viaje, puedes interrogar a algunos hombres, hazles la prueba del diablo, quien la acierte será el correcto para ser tu secretario.

El diablo contempla la solución de Dios y no le parece mala.

Antes de irse, pide que le dejen asistir al concierto de los querubines, su grupo favorito.

—Sí, hombre, puedes ir, disfrútalo, yo ya ni voy pues esos no se saben otra tonadita que la de: “bendito, bendito el señor”, pero si a ti te gusta tanto, ve, ya le diré a Miguel que te dé un pase, que incluso te autografíen la playera.

El diablo muy contento se despide de Dios y se va al concierto. Le autografían la playera, compra el nuevo disco y después de contarse las últimas con Gabriel, se va a recorrer el mundo.

Decide primero ir a visitar a los gringos, al fin que ellos siempre le mandan vagones repletos de almas, pero por más que se paseó como turista entre la Casa Blanca y Disneylandia, todo muy bonito, no encontró ahí a ningún hombre que respondiera correctamente a su prueba.

Se fue a Europa, visitó las grandes capitales. Se divirtió un poco más, comió mejor y bebió abundantemente de todos los vinos y licores. Imaginaba que algún alemán o quizá algún francés tendría la respuesta al enigma, pero pronto supo que no. Nadie en esos lugares respondía bien, ni siquiera los españoles.

El diablo no desesperó. Visitó África, se fue de safari, bailó alrededor de las fogatas a la media noche impulsado por el frenético ritmo de tambores, se bañó en cascadas de alguna selva perdida, atacó los espejismos en el Sahara

como Don Quijote atacó los molinos. Su viaje africano fue bastante divertido, pero no encontró al hombre adecuado.

Se fue al Medio Oriente y el resultado fue muy parecido. Buena diversión y esplendidos paisajes desérticos. Pero no encontraba al hombre indicado.

Visitó Asia y entre paseos por la estepa y la muralla china, playas en el sureste, viajes sobre el lomo de elefantes por la India, tuvo en todo un muy buen rato. Su aburrimiento comenzó verdaderamente a despejarse. Pero a pesar de tanto esfuerzo, no hubo algún hombre que conociera la respuesta correcta.

Fue a Australia a brincar con los canguros, fue a Japón a tomar té, de paso compró una nueva computadora para su oficina, la más nueva tecnología, pero su búsqueda de aquel que respondiera al acertijo no tuvo respuesta positiva.

El diablo pensó que el mundo se estaba acabando y que no encontraría a ese hombre tan buscado. Consultó el mapa de la Tierra y observó que le quedaban algunos países en América Latina.

Decidió realizar el viaje, pues había escuchado que la pampa era bella, la Amazonía era verde y frondosa y las ruinas prehispánicas eran una maravilla.

El viaje fue divertidísimo, bailó y bebió y se enchiló con tanto manjar. Comió de todas las frutas habidas y por haber, vio a mujeres excelsas y hombres valientes por aquí y por acullá.

El diablo empezaba a emocionarse pues de este lado, la Tierra se mostraba abundante de cuánta cosa fuera. Quizá, sería lo mismo para con los hombres, y entre todos, el diablo estaba seguro, habría alguno que supiera.

Los argentinos no entendieron el dilema, los brasileños sólo bailaron samba, los colombianos hicieron un esfuerzo, pero no dieron con el resultado, los chilenos andaban ocupados en otras cosas, los cubanos, ese día, andaban tristes y el diablo prefirió no molestarlos, y así con todos los demás hombres de esos pueblos. El diablo pasó revista de los países: Perú, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Venezuela, Panamá, Costa Rica, El Salvador, Nicaragua, Honduras, Guatemala, las Guayanas, la dominicana, Haití, las islas caribeñas, Belice. Le quedaba uno más: México.

El diablo decidió cambiar su estrategia para ese país. Ya no iría a las grandes ciudades, ahora se iría al campo, a lo más recóndito de la provincia.

Empezó visitando el sur y le gustó mucho esta tierra. Se dio vuelo probando de todas las salsas, subiendo y bajando por las pirámides, entrando a las iglesias coloniales. Al final del recorrido, no habiendo encontrado a su hombre todavía, y ya decidido a abandonar dicha empresa, se topó, por pura coincidencia, con un hombre vestido de sombrero de paja y pantalón de manta maltrecha que andaba pastoreando a sus chivas en la sierra.

Decidió aplicarle la prueba.

El diablo se acercó al humilde mexicano y le enseñó el dedo índice de la mano. El mexicano, un tanto confundido pues no sabía de dónde había salido

tan repentinamente ese señor, pero molesto también por el atrevimiento, levantó su mano, él también, e hizo con los dedos índice y mayor la señal de un dos. El diablo, muy sorprendido, levantó tres dedos de su mano y se los mostró al mexicano. El mexicano tomó su mano entera, alzándola la cerró en puño. El diablo, aún más sorprendió, sacó entonces un pan de su bolsillo y se lo enseñó al mexicano. El hombre sacó de su morral una uva y se la mostró. El diablo, bastante emocionado, se llevó la mano derecha a la altura del corazón, luego a la altura de la boca y luego, alejándola de sí, en un gesto suave y largo, le sonrió al mexicano. Con los ojos bien abiertos, y con cara de mucha sorpresa, el mexicano, realizó con todo el brazo derecho un gesto rápido, el antebrazo moviéndose hacia arriba y hacia la espalda, el codo de frente al diablo, chifló para reunir a sus chivas y ya con todas cerca las arreó en dirección contraria, caminando rápido y volteando, en dos ocasiones, furtivamente, para mirar que el señor no lo siguiera.

El diablo lo observó alejarse y se puso muy contento.

Había encontrado al hombre que había resuelto con éxito la prueba. Pensó en ir en ese mismo instante a decirle a Dios.

El diablo tocó la puerta y San Pedro respondió:

—¿Quién es?

—Soy yo, Lucifer, tengo que ver al jefe, es algo importante —respondió el diablo.

San Pedro:

—Pasa, te está esperando, por cierto, ¿Me trajiste algo de tu viaje?

El diablo, contrariado pues no había comprado ningún recuerdito, dijo:

—¡Ah, se me olvidó en mi casa!

En la oficina de Dios, el diablo contó con detalle sobre su viaje y sobre todo lo que había visto y comido y conocido, pero sobre todo, del encuentro con el mexicano tan inteligente que había resuelto el enigma.

El diablo contaba sin salir de su emoción:

—Llegué con el mexicano que estaba pastoreando a sus chivas. Me acerqué y le enseñé la mano con un dedo levantado para decirle, hay un Dios. El mexicano me miró y levantó dos dedos diciendo, en realidad hay dos. Levanté tres dedos y le dejé entender, de hecho son tres. El mexicano alzó el puño y girándolo me corrigió, son tres pero forman uno. Ahí, yo ya estaba atónito de tanta sabiduría. Le enseñé un pan, el cuerpo de Cristo, y él me enseñó una uva, la sangre de Cristo. Sabiendo que era el hombre que buscaba, le dije, con un gesto, de mi corazón te digo, puedes ir en paz, a lo que el mexicano, con otro gesto, me respondió, la paz del mundo para ti también.

Dios efectivamente estaba muy sorprendido por el relato del diablo y, para celebrar un final feliz, descorchó una botella de champagne. Brindaron alegremente.

Por su parte, el mexicano regresó a su jacal malhumorado, guardó a sus chivas tras el enrejado y entró a su hogar. Jacinta, su mujer, estaba esperándolo ya con la merienda lista. Jacinta notó que su marido estaba con el ceño fruncido y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Anastasio, por qué estás tan encabritado?

—¡Ay, huerca! Si supieras, mira que estaba allá en el cerro con las chivas, muy tranquilo, observando como pastaban, mirando las nubes como ya sabes que me gusta mirarlas, y que me sale un señor muy elegante, sepa Dios de dónde habrá salido, así nomás se apareció ahí en el cerro, y que me enseña un dedo como diciendo, te pico con el dedo. Contrariado que le enseñe dos, si tú me picas con uno yo te pico con dos. Que me enseña tres, te pico con los tres. Enojado le enseñé el puño para decirle, de un puñetazo te parto la madre. Saca un pan para decirme, muerto de hambre. Le saqué una uva, pinche borracho. Que me hace con la mano un gesto, vas y chingas a tu madre. Le digo, vas y chingas a la tuya, cabrón. Y me di la media vuelta y me vine para acá

—¡Ay, Anastasio, el mundo cada vez está más feo! Pero ya no te preocupes y mejor come tu sopa antes de que se enfríe.

*

Fidencio no paraba de reír por el cuento que venía de contarle Macario.

Macario siempre tan astuto con los cuentos, por eso tenía éxito en la cantina y por eso todos en el pueblo le ponían atención cuando hablaba.

Fidencio habla:

—Macario, me has hecho reír bien y bonito, este cuento que me has contado es una perla de cuento, y dado que he tenido el honor de ser su escucha, dejarás ahora que yo te cuente otro, no tan hilarante como el que tú ya has contado, pero al menos un cuento de pura verdad, un poco tenebroso incluso, que de seguro apreciarás.

El chupacabras

Una vez que escuchas por primera vez el nombre del chupacabras, ya no puedes dormir tranquilo, habíame dicho Tarciso, uno de mis compadres de San Soledad.

De hecho, había agregado, en toda la historia que venía de contarme, que tenía ya un tiempo donde él mismo no podía ni pegarse una siesta.

Todos en San Soledad andaban igual, preocupados, sin saber qué hacer al respecto, intentando rezar padre nuestro tras padre nuestro y haciendo cadenas de rosarios para que el mal por fin se alejara.

Pero el caso es que el chupacabras andaba suelto en la sierra y merodeando los alrededores del pueblo.

Así, sin mayor explicación había decidido atacar San Soledad.

Las primeras señales de que algo andaba mal en el pueblo las reportó el compadre de Tarciso, Cipriano.

Estoy seguro de que lo conoces pues hemos tomado algunas cervezas con él en la feria de San Nicolás. Acuérdate, el que te prestó un dinero para que apostararas a los gallos.

El caso es que Cipriano había encontrado una de sus vacas muerta sin explicación alguna. La vaca era todavía joven. Justo el día anterior había dado una leche exquisita, bien gorda y cremosa, y no sufría dolencia alguna.

Cipriano había dejado que sus vacas y sus toros pastaran más allá de sus terrenos, al fin que su propiedad colinda con la quebrada donde corre el río. Cipriano pensaba que las reses irían a pastar a los linderos del río y que ahí, al día siguiente, las encontraría y las arrearía desde ese lugar con la ayuda del peludo, su perro, nuevamente hasta el corral de su propiedad.

Todo había ido conforme lo planeado, la cabalgata había sido agradable y la mañana despuntaba clara. Cuando llegó a la cuesta desde donde podía observar la quebrada y el río, Cipriano miró que ahí estaban sus animales, algunos dormitando sobre los pastos frescos y otros bebiendo agua del río. Lo único extraño era una vaca que yacía acostada de lado y que parecía no moverse.

Cipriano descendió por el camino hasta el fondo del valle y se dirigió hacia la vaca en cuestión. Cuando llegó, se asustó mucho por cómo la encontró. Sangre ya seca había escurrido desde la nariz y desde los ojos y desde de las orejas. La vaca estaba fría y dura, más muerta que la muerte misma.

Las otras vacas parecían estar en estado normal. Cipriano fue, de una en una, revisándolas para ver si no tendrían alguna marca, alguna mordedura, algo que le dejara ver qué había atacado a la manada y matado a aquella vaca, pero nada encontró.

Decidió arrear a las vacas vivas. Regresaría con el alguacil del pueblo para que viera él también a la vaca muerta.

Por la noche, después de haber llevado al alguacil a ver a la vaca muerta y que ninguno de los dos había podido explicar lo sucedido, Cipriano intentó repasar en su mente los sucesos del día.

Ayer, se decía, ordeñé a la vaca, ordeñé a todas las vacas, les di su pastura, fui al pueblo a comprar unas vacunas para el caballo, les abrí la puerta del corral para que se fueran a pastar libremente a esos terrenos, fui a cenar con Don Tomás y regresé a casa dispuesto a dormirme temprano para que a la mañana siguiente cabalgara hacia el río en busca de las vacas.

Nada anormal en todo caso.

Dos días después, Manuel tocó a la puerta de la casa de Cipriano.

Cipriano, dijo Manuel, Don Tomás quiere que le vengas a ver inmediatamente, dice que es urgente.

Cipriano y Manuel fueron a ver a Don Tomás. Don Tomás los llevó a su establo y les mostró una vaca que estaba tirada. Sangre roja ya seca había escurrido de su lengua y de sus ojos, como si hubiera llorado lágrimas de sangre.

Cipriano le contó a Don Tomás lo de su propia vaca.

Don Tomás dijo, algo está muy mal, supongo que tendremos que abrir bien los ojos para entender lo que pasa.

Dos días más tarde fue el caballo del alguacil el que amaneció muerto. La sangre había escurrido de sus orejas y de sus fosas nasales y había hecho un charco rojo que empapaba, aún, la bella crin del animal.

En el pueblo los rumores empezaron a correr y Don Fulgencio, el presidente municipal, convocó a una sesión extraordinaria. Parece, dijo, que algo está matando a nuestro ganado. El alguacil y yo ya nos hemos dado a la tarea de investigar sobre la razón de estas muertes. Por otro lado, hemos podido cerciorarnos de que estas muertes han sido sólo de los animales, por lo que podemos suponer que nosotros estamos a salvo. Sin embargo, necesitamos mantener la calma y mantener los ojos bien abiertos para poder descubrir el origen del mal que nos aqueja, y sobre todo, sugiero que dejemos de expandir estos rumores tan infantiles que hoy abundan. No sé quién fue el menso, o mensa, que sacó eso del chupacabras, y no lo quiero saber, pero puedo decirles con toda seguridad que nada por el estilo existe, no hay ninguna criatura de dientes de colmillo, alas de vampiro, chupadora de sangre y asesina de vacas.

Por favor, señores, Don Fulgencio alzó la voz, por favor, señoras, seamos maduros y no sigamos con estos rumores que no ayudan ni tantito. Estamos haciendo todo lo posible para arreglar el problema.

Es el chupacabras, yo mismo lo vi con estos ojos que ustedes ven, grito Macario.

Estaba en el monte el otro día cuando se dejó venir la noche y no me quedó de otra más que alumbrar una fogata. El caso es que ahí estaba intentando cubrirme con mi sarape, ya saben cómo es de calador el frío de por allá arriba, cuando escuché pasos. Cogí una rama de la fogata y usándola de antorcha intenté ver quién andaba por ahí. Grité, ¿quién anda por ahí? Pero sólo el viento me respondió con su llanto ululante. Y cuando ya me había asegurado a mí mismo que era mi propia imaginación la causante de ese ruido, lo vi de frente a mí, el chupacabras en persona, vestido de negro, los colmillos ensangrentados. Saqué de mi sarape mi escapulario y se lo enseñé de frente. Chupacabras, dije, tú a mí no me llevas, pero antes de que pudiera hacer otra cosa, el chupacabras había desaparecido.

Las voces de la asamblea crecieron como una marea demoledora.

Don Fulgencio gritó, calma, calma, Macario, no andes contando cuentos y desperdigando el miedo, la próxima y te encierro, señores, señoras, no hagan caso, yo les aseguro que el chupacabras no existe, ahora déjenos trabajar.

Pero el barullo de la sala y los rumores no cesaron ni cuando Don Fulgencio los mandó a todos de vuelta a sus casas.

Así que el chupacabras estaba atacando a la provincia de San Soledad. Todos los habitantes del pueblo temían por la vida de sus animales.

Pero como la vida es vida y las cosas tienen que continuar, más muertes se siguieron produciendo.

Llegó un momento en que ya nadie quería salir de sus hogares. El centro de San Soledad quedó desierto, los comercios cerraron, la taberna dejó de vender cervezas.

El único que hizo su agosto fue Don Luis. Vendió más cartuchos de pólvora y rifles en ese periodo que nunca en la historia de su tienda.

Y vino el acabose, Macario fue encontrado muerto en el lecho del río. Su cara estaba toda ensangrentada.

Don Fulgencio tuvo que mandar pedir ayuda al gobernador y se decretó alerta máxima en toda la región.

La cosa subió tanto de nivel y los muertos se empezaron a sumar de entre la población de San Soledad, Don Tomás, Cipriano, Manuel y muchos otros más, que se vieron obligados a solicitar refuerzos a la capital, y hasta el presidente de la república tuvo que intervenir.

Mandó al ejército y activo el plan DN4.

Toda la región fue proscrita.

Y la cosa todavía sigue y el mal todavía abunda en esa región. Lo último que me dijo Tarciso, antes de que él también estirara la pata, es que ya había algunos soldados que empezaban a sufrir de la misma suerte.

*

Macario estaba boquiabierto y parecía no respirar. La historia le había llegado hasta el alma.

—Así que el chupacabras es de verdad.

Fidencio respondió de forma seca:

—No, el chupacabras no existe, es un invento de los de San Soledad para explicarse lo de su suerte.

Macario, muy confundido, dijo:

—¿Entonces qué pasó, quién mató a esas personas y a esos animales?

Fidencio, sereno, respondió:

—Al final resultó ser mercurio, según que el agua del río de la cañada de San Soledad estaba contaminada con esa substancia. Parece que el gobierno tuvo que cerrar una mina que no respetó las consignas de seguridad. De seguro fue la causante de la contaminación. Resultó que el gobernador había dado un permiso especial, el dueño resultó ser su amigo. Ya te imaginas toda la corrupción y todo el billete detrás de ese asunto. Lo último que te puedo decir es que en el gobierno todos se echan la culpa, pero nadie quiere responsabilizarse por los muertos de San Soledad. ¿Sabes lo que va a costar limpiar toda la zona? Un bendito dineral que ni tú ni yo veremos en nuestras vidas. Y los periódicos tapando toda la historia. Todo ese asunto es muy lamentable.

Macario dijo con voz quedita:

—Puros cuentos los del gobierno, esos sí que son cuentos serranos, puros cuentos serranos.

*

Y Fidencio y Macario, con esos pensamientos y ya con el cansancio sobre los hombros, no detectaron el movimiento a sus espaldas, en los arbustos a unos metros de distancia.

Ahí, escondidos con el manto de la noche, el diablo y el chupacabras observaban en silencio

—¡Cómo que cuentos serranos! —dijo el chupacabras—. Digo que vayamos a darles sus cuentos serranos para que aprendan a respetar.

—No —dijo el diablo—, déjalos, no vale la pena. Con la última historia me siento mareado. Además, ya pronto despuntará el sol y mejor será que no nos vean. Vente, vámonos ya, dejémoslos así. Son sólo dos hombres que gustan de las historias y a nadie hacen daño.

Suficiente flagelo el sol que nacerá por el horizonte en este mundo abandonado de Dios, solitario y yermo.